

Número 16

Julio 1.º: 1906

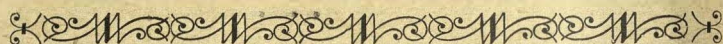
REVISTA
DEL COLEGIO MAYOR
DE
NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

Publicada bajo la dirección de la Consiliatura



Nova et vetera

BOGOTA
IMPRENTA ELÉCTRICA—168—CALLE 10
MCMVI



CONTENIDO

DEL PRESENTE NUMERO

La Vidriera Rota. (Traducción de Emilio Suárez Murillo).....	F. FLEURIOT-KERINOU
Un hombre raro: Lombroso. (Traducción de Ramón Goenaga).....	JACQUES MESNIL
A un cocuy.....	MIGUEL ANTONIO CARO
Prólogo de un libro.....	RAFAEL M. CARRASQUILLA
Las repúblicas.....	JOSÉ MARÍA GABRIEL Y GALAN
Recuerdos de Pereda.....	FEDERICO BRAVO
El Juicio final (de Gilbert).....	JORGE POSADA BAYONA
Santo Tomás de Aquino ante la ciencia moderna.....	FRANCISCO M. RENJIFO
Documentos históricos.	
Cronica del Colegio.....	RAFAEL ESCOBAR ROA



REVISTA

DEL COLEGIO MAYOR DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

LA VIDRIERA ROTA

(CUENTO DE NAVIDAD)

(Vertido del francés, por Emilio Suárez Murillo)

I

¡Qué oscura está la noche y cuánto frío hace en aquellas ramas donde, ateridos y con las plumas erizadas, se estrechan tantos pajaritos!

¿De qué horizonte sopla el viento? No hay horizonte. El cierzo es incesante, helado, brutal; casi quema. Los árboles sacudidos gimen, rómpense las ramas, cruje la corteza. Las avejillas resisten con desesperados esfuerzos agarrándose á los palitos, fuertemente sacudidos por el viento; pero aquello es superior á sus fuerzas; la lucha no puede prolongarse.

De cuándo en cuándo una de aquellas criaturitas siente que se le hiela en las venas la sangre y que el corazón deja de latir. No sabe lo que será; abre por última vez las alas, pero para caer, produciendo sólo un ligero rumor al tocar la tierra; aunque las plumas le aligeran la caída, apenas llega á la nieve, el frío la convierte en piedra. Así, á cada momento, se desprende del árbol desnudo un pajarito y rueda como fruta madura.

En el bosque sólo hay ramas desnudas; sólo hay nieve en la tierra. Las pobres aves no tienen abrigo ni alimento; mueren de hambre, mueren de frío.

II

Cerca del árbol sin hojas se levanta una capilla donde ni el frío ni el hambre se dejan sentir. Es el santuario de



San Huberto, construido á inmediaciones del castillo y á la entrada de la selva.

En tiempos no remotos solían los señores marqueses asistir allí á misa, antes de comenzar la caza; ahora ya no hay señores, ya no hay caza, no hay misa. Estamos en el mes de Diciembre de 1793, en pleno Morbihán.

En el centro de la capilla arde una enorme hoguera que difunde luz y calor; los troncos son gruesos y las llamas se levantan hasta la altura de un hombre; los que han encendido esa fogata no reparan en costos, y gastan como pródigos. Son por el momento seis militares.

Dos están sentados al amor de la lumbre; tres, tendidos perezosamente, están fumando pipa con entera tranquilidad, sólo uno está en pie con los brazos cruzados y recostado contra un pilar: es el jefe, y todos son húsares de Westermann. Los han puesto allí como avanzada del ejército; los centinelas están en su puesto, y éstos esperan su turno para ir á relevarlos. Los chuanes no están lejos; es preciso velar.

Se han quitado los altos chacós empenachados, y la cabeza descubierta deja ver las luengas cabelleras rizadas. Dura fue la jornada; el pantalón azul, de elegante corte y el rojo capote adornado con negros alamares, todo de telas resistentes, están manchados de lodo.

El jefe, hombre de elevada estatura, con botas de media caña y pantalones galoneados de amarillo, está inmóvil. En las mangas del capote tiene dos trencillas de oro, insignia de teniente.

Fisonomía simpática, bigote retorcido, ojos negros, cabello ensortijado, noble continente, nada le falta para ser un guapo mozo.

En el momento de que estamos tratando, los exploradores acaban de vaciar dos botellas de añejo cognac encontradas en la bodega del castillo.

—¡Oh, dice el Teniente, con las mejillas enrojecidas por el generoso licor. Famoso cognac! Es capaz de resucitar

un muerto! Llenad vuestros frascos, muchachos; hay para todos; quizá mañana tendremos que beber agua, cáspita!

—Bien dicho, mi Teniente, dijo un cuartel-maestre, eso nos ayudará á pasar la noche; para salir adelante con semejante tiempo es preciso tener uno el diablo en el cuerpo.

—El cognac lo reemplazará, dijo un húsar, hundiendo con la palma de la mano el tapón de su frasco.

—Es tiempo de partir, gritó el Teniente. Todos en pie.

En efecto, es preciso abandonar la capilla; incendiado el castillo, sólo quedan en pie las cuadras que han sido ocupadas por soldados y caballerías; es allí donde está el verdadero cuerpo de guardia, pero no se ha podido hacer lumbre por miedo de producir un nuevo incendio. La comida se verificó, pues, en la capilla, de la cual se retiró en seguida el pelotón, compuesto de treinta robustos mozos, y sólo quedaron los oficiales bebiendo y fumando. Ahora van á retirarse también. Al siguiente día iba á ser rudo el trabajo porque el enemigo era duro de vencer, y los veteranos prefieren el calor de la paja, confundidos con los caballos. La lumbre no calienta sino un lado del cuerpo, en tanto que el calor natural envuelve todos los miembros en suave languidez adormecedora.

Así pues, todos se levantan encaminándose á la puerta, pero antes de abrirla, el Teniente muda de parecer.

—No sería malo que examináramos el sitio éste, exclama. Nunca sobran las precauciones. Los rebeldes son maestros consumados en asaltos, y no me gustaría pasar un mal rato. ¡Cáspita! Traed pronto una luz.

Dos sargentos se apoderan de un tizón inflamado y se da principio á la inspección, muy fácil de hacer: tan reducida así es la capilla.

Desnudos aparecen los muros, y las altas ojivas mal cubiertas por jirones de viejas cortinas rojas; las vidrieras, sólidamente incrustadas en su armadura de hierro, resisten los embates del viento. Nada se descubre.

Llegan al presbiterio. El Teniente da la vuelta por detrás del altar inspeccionándolo todo. Nada tampoco, allí. No le tientan las riquezas del tabernáculo y pasa de largo. Es demasiado orgulloso para robar.

Más codicioso el cuartel-maestre, detiene á uno de los que llevan las antorchas, y de un puñetazo hace saltar la puerta del tabernáculo. Avidamente hunde adentro la mirada: por fortuna lo halla vacío.

—Canallas—vocifera—me han robado. Ahógase esta explosión de despecho en una exclamación del Teniente, quien acaba de hacer un descubrimiento. En el fondo de un altarcillo lateral se ha encontrado un *pesebre* de Navidad, verdadera obra de arte por las ricas maderas indias de que está construido, el techo de paja dorada y la graciosa disposición de los personajes.

Encantador aparece el Niño Jesús con sus frescos colores y tendidos los brazos á las palomas que los pastores le ofrecen; un poco más atrás están los reyes con mantos de púrpura, y bordados de plata y doradas coronas. La Virgen vestida de tul blanco con estrellas de oro, sonríe regocijada y mira á San José. Un hilo de seda baja del techo y sostiene dos ángeles que con las alas desplegadas se ciernen sobre el sagrado grupo; tienen en la mano un oriflama de papel blanco, sobre el cual está escrito, en caracteres rojos, este texto: *Gloria in excelsis Deo*.

El Teniente no se roba el oro de los tabernáculos, pero tampoco transige con sus principios. El descubrimiento que acaba de hacer no le cae en gracia; y el aguardiente que ha bebido le hace encolerizar á la vista del pesebre.

—¡Ah! los candidotes ¡pasaron por aquí—exclama—hoy es Nochebuena y quieren festejarla. Al pie de este pesebre venían en otro tiempo á cantar salmos y hacer mojigangas. ¡Qué buen gusto tenían esos beatos! Quizá pretendían repetirlos esta noche. ¡Cáspita! ¡No esperaban nuestra visita! Pues bien; me alegro mucho; esta será una Nochebuena de menos.

—Si le metiéramos fuego al pesebre..... insinuó un Sargento acercando un tizón.

—No, no—dice el Teniente deteniéndolo con un ademán—déja todo eso tal como está: los aldeanos son incorregibles en su imbecilidad y no aceptan jamás nuestros principios. ¡No importa! Yo mismo voy á montar aquí guardia y juro por la cabeza del Papa que ninguna garganta de carne y hueso cantará esta noche la *misa del gallo*.

—Nos quedaremos con usted, Teniente—dijo el cuartel-maestre,—porque si esos imbéciles desean celebrar su fiesta será peligroso para usted estarse solo.

—No quiero compañía alguna—dijo el Oficial,—sólo que voy á cambiar el sitio del pesebre, colocándolo cerca de la lumbre. De este modo haré mejor de centinela y no sentiré frío.

Justamente al frente de la hoguera, contra la pared y cerca de una puertecilla lateral, había una enorme pila de agua bendita. Era un tazón de granito, con las tres cuartas partes llenas.

Los húsares toman cuidadosamente el pesebre y con mil precauciones lo colocan sobre los bordes de la pila, apoyándolo contra el muro. En tal disposición dejaba descubierta una tercera parte de la pila donde se reflejaban los chisporroteos que despedía la hoguera.

—Ahí—dijo el Teniente—está bien colocado y podré vigilarlo. Después, quitándole á un sargento un saco de avena, lleno hasta los bordes, lo colocó sobre la pila y dijo:

Bien: mañana temprano me traerás mi yegua para darle un buen pienso; un bocado de avena mojada con unos cuantos buches de agua bendita, le harán resistir la jornada de mañana. Buenas noches.....

—¿Qué es eso?

El Teniente agregó esta última frase al ver la vidriera que había sobre el pesebre. Los vidrios de la capilla eran

blancos en su generalidad, pero en medio había quedado un trozo de vidriera antigua, sobre la cual San Huberto, pintado de amarillo y azul, se destacaba, arrodillado delante del ciervo de la leyenda con una cruz entre las astas. El Oficial desenvainó el sable.

—He dicho que quería estar solo, ¡cáspita! Hasta San Huberto está de sobra.

De un revés hizo saltar la vidriera, cuyos fragmentos cayeron afuera, sin ruido, sobre la nieve que cubría el suelo.

—Ahora, hasta mañana—dijo á sus soldados—y no dejéis de venir á relevarme.

—Entendido, dijeron los húsares y salieron por la puerta lateral.

Cuando el Oficial estuvo solo, colocó su silla de montar en el suelo, cerca del fuego y enfrente del pesebre. Tendióse perezosamente en tierra y apoyó la cabeza contra el borde de la pila. Con los ojos abiertos se quedó mirando maquinalmente el pesebre, pero bien pronto el sueño, la fatiga y el aguardiente comunicaron á sus miembros una dulce languidez. Los dorados del pesebre le deslumbraban los ojos somnolientos con mirfadas de centelleos fascinadores. El brasero chisporroteaba, esparciendo un vapor soporífero; así, media hora después de haber apoyado la cabeza sobre su silla, el Teniente de húsares estaba durmiendo á pierna suelta.

III

Siempre intenso frío en aquellas ramas sacudidas constantemente por el viento.

Los pajarillos agotan, para sostenerse, las desfallecidas fuerzas; pero ¡cuánto tarda en llegar la aurora! Tienen los miembros contraídos y las plumas erizadas. El viento, despeinándoles el plumaje, penetra hasta los huesos. ¿Cómo dormir con semejante tiempo? Imposible. Abren y cierran con a = gustia los ojitos extraviados. El frío puede más que

el sueño. Pero ¿qué es aquello que brilla en medio de la noche? Un rayo luminoso brota de la capilla y se refleja en la nieve. ¡Oh! ¡Un rayo de luz! ¡Cuán dulces son los rayos de primavera! Puede uno calentarse y bañarse en ellos. Esta claridad no es un rayo sino una luz, y en las heladas noches de Diciembre la luz es el sol.

Así piensan los pajaritos, y toda la bandada vuela hacia aquella claridad. En ella se sumergen y entran con estrepitoso aleteo á la capilla por la vidriera rota.

Durante algunos instantes vuelan al amor de la lumbré reconfortándose con el calor que esparce; pero dos ó tres de ellos han visto en el suelo algún grano de avena. Baján con rapidez y á picotazos los devoran. Toda la bandada los sigue y pronto descubre el saco lleno, contra el cual se declara inmediato saqueo hasta que le hurtan el último grano. Los arroyos están helados y lo mismo las fuentes, pero en esta pila hay agua fresca y líquida. Ya no hay frío, ya no hay hambre, ya no hay sed. Nueva vida corre por sus venas. Pronto toda la bandada abandona la pila y entra en el pesebre.

Unos se colocan sobre el dorado techo; otros se suspenden sobre las figuras; y otros, finalmente, se sitúan sobre el pavimento. Cuando un pajarillo está alegre y satisfecho, necesita cantar.

Y hélos ahí á todos cantando y gorjeando á voz en cuello, ante la luz de la hoguera y en medio de los chisporroteos de oro que inundan el pesebre.

IV

Despierta el Oficial. La luz lo desvanece y el ruido lo sorprende. Cree soñar y sacude el letargo. Pero nó: la hoguera sigue ardiendo, y todo el pesebre vibra con mil canciones. Sí: todo él está lleno de pajaritos que entonan al Niño Jesús un concierto magnífico celebrando su nacimiento bulliciosamente. El Teniente se frota los ojos, lo

que le hace ver más claramente el espectáculo que tiene delante. Concentra sus pensamientos, evoca sus recuerdos. Ebrio estaba la víspera, pero eso ya pasó. Rememora sus propias palabras: "Juro que ninguna garganta de carne y hueso cantará aquí la misa del gallo."

Y Dios se ha burlado de él, y el pesebre, desde la media noche acaso, vibra con los acordes de concierto magnífico. Sí, Teniente, son muchas las gargantas que cantan, no el *Oremus*, sino suaves y dulces melodías moduladas por criaturas de Dios.

En el fondo, el Teniente es buen sujeto, y lo que está pasando ante sus ojos no le es extraño; él mismo fue monacillo en otros tiempos; desgraciadamente era un tanto fanfarrón; la fanfarronada lo hizo valiente; la valentía lo hizo llegar á ser Teniente; ser Teniente bajo la Revolución, ¡cáspita!, implica ser descreído. Es preciso dar buen ejemplo á sus muchachos por los principios, y sobre todo, por la disciplina. ¡Siempre la maldita disciplina!

Ahora el monacillo no está lejos del Teniente. Recuerda la fiesta de Navidad; la misa por él ayudada; el alegre repiqueteo de las campanas al amanecer; y aquel zapatito que llenaba su madre de dulces y juguetes. ¡Oh, qué hermoso era todo aquello! ¡Qué tiempos tan felices! El Teniente se levanta, se hinca de rodillas, y mientras que sus ojos contemplan el pesebre, su memoria evoca los mágicos recuerdos de la infancia. Ahora lamenta sus palabras; está contento y confuso al mismo tiempo, por el mentís que la Providencia le ha dado. Se cuida bien de hacer ruido, temeroso de turbar aquel concierto sonoro y vibrante. La tormenta ha calmado; el cielo se despoja de vapores, y se ha vestido de azul pálido. Poco á poco el sol se levanta; es un sol anémico, pero al fin es el sol.

El fuego va extinguiéndose poco á poco y el Teniente se pregunta cómo y por dónde penetraron á la capilla los músicos alados. En estos momentos el santuario se ilumina poco á poco con los albores del día. Ahora hay allí

más sombra que en el campo; los pajarillos no se engañaron: ha llegado la aurora, la verdadera aurora, y es preciso volver al bosque en busca de luz, aires y brisas.

Cesa el concierto; las gargantas enmudecen, las alas se abren y todos vuelan por la *vidriera rota*, dejando sorprendido al Teniente.

Cuando llegaron á relevarlo, uno de los Sargentos le dijo á otro:

—El Teniente amaneció de buen humor. Míralo. Parece como si lo hubieran ascendido.

—A mí me parece acobardado. Parece como si lo acabaran de derrotar.

F. FLEURIOT-KERINOU

Un hombre raro : Lombroso

(TRADUCIDO DE "EL MERCURIO DE FRANCIA" POR RAMÓN GOENAGA)

El éxito inmenso de las obras de Lombroso, la incontestable influencia que ellas ejercen en las opiniones de la masa del público, son dignas de llamar la atención, no solamente del psicólogo y del historiador, sino también de quienquiera que se interese por las tendencias de nuestra época y trate de desligar los elementos de la sociedad moderna.

Lombroso es, sin duda alguna, uno de los hombres más universalmente conocidos que existen en la actualidad; y á los ojos de la conciencia de los lectores pasa por un gran sabio. Su nombre va unido á diferentes ideas que discurren por las calles y se repiten por una multitud de gentes que no han abierto nunca uno de sus libros. Considerósele como el jefe de la escuela antropológica, como el creador de concepciones nuevas y vastas, llamadas á revolucionar tanto el derecho penal como la psiquiatría. La prensa, que tiene la pretensión de representar

la opinión pública, esparce con amplitud las ideas de Lombroso, y se las oye proferir en lo alto de la tribuna parlamentaria; los oradores de los *meetings* las pregonan; los abogados encuentran en ellas un medio preciso de defensa para casos desesperados; en breve estas ideas fermentan en todos aquellos medios donde se activa lo que se llama hoy "la vida pública."

¿De dónde proviene la celebridad de Lombroso? ¿Cuáles son las causas del rápido triunfo de sus teorías? ¿Deberá buscarse en las cualidades intrínsecas de la obra, ó residen más bien en los instintos de la turba? ¿Ha descubierto Lombroso una verdad científica capaz de imponérsele á todos por su carácter de evidencia, de certidumbre, ó bien ha puesto él la ciencia al servicio de determinadas opiniones vulgares, ha edificado él el sistema que mejor corresponde á las necesidades actuales de una porción poderosa y grande de nuestra sociedad? Es éste el problema cuya resolución voy á intentar.

I

¿Es Lombroso un sabio verdadero? ¿Tiene las cualidades del sabio? ¿Sabe observar los fenómenos, con paciencia, minuciosidad, exacta y completamente? ¿Es un experimentador inteligente y concienzudo? ¿Sabe interpretar los hechos, criticarlos, coordinarlos, inducir de ellos lógicamente verdades generales? ¿Posee, en fin, esta probidad científica, que traza las teorías según los hechos y se abstiene de forzar los hechos para que entren en las ideas preconcebidas, que tiene en cuenta el conjunto de los fenómenos observados, y no únicamente aquellos que corroboran tal hipótesis preferida?

La lectura de un libro de Lombroso ilustra presto al lector á este respecto, si es atento é inteligente. Turbadora lectura! Puede definirse la impresión que causa con este término: la equivalencia psíquica del mareo. Desde el comienzo resiente el espíritu particular desagrado, no en-

encuentra punto fijo donde agarrarse, todo oscila á su alrededor, busca un punto de apoyo pero el terreno se le esquivo, cree percibir una idea que puede guiarle, pero luego vacila y desaparece; se cambian los planes sin cesar, sin cesar se modifica el equilibrio, se le lanza á uno á derecha é izquierda sin causa apreciable, al capricho de los aca-sos; el malestar aumenta, viene la náusea.....

Lombroso nunca limita su objeto, jamás precisa el problema que plantea, y en manera alguna define los términos de que hace uso, por vagos que sean en sí mismos. No se encontraría en el encabezamiento de ninguno de sus libros el enunciado preciso del asunto; se contenta con un título: *El hombre de genio*, *El hombre criminal*. Estas palabras son tan vagas como las que más, y más que cualesquiera otras requieren una definición, porque no corresponden psicológicamente hablando, á ningún tipo determinado. ¿Qué es el genio? Nadie se acuerda sobre ello. Lombroso se calla, y arroja mezclados en la categoría de hombres de genio, sabios, generales, artistas, eclesiásticos, y aun periodistas, individuos profundos y gentes superficiales, voluntades firmes y caracteres débiles, hombres de todas las razas y de todas las clases, pero sobre todo hombres que medran; porque en definitiva para Lombroso como para la turba el éxito es la medida del genio. A creerle estaríamos llenos de hombres de genio!

¿Qué es el crimen? Lombroso no se detiene á decirlo, pero su concepto surge claramente de su libro: es de los más sencillos, muy popular, al alcance de todas las inteligencias: el hombre criminal es el hombre que ha sido condenado por los tribunales. Esta definición es neta desde el punto de vista del derecho vigente, pero desde el punto de vista científico (ya sea la psicología, la antropología ó la sociología) no significa nada.

De modo que Lombroso se preocupa muy poco de determinar su punto de partida, de decirnos cuál es el objeto preciso de su estudio, de darles á sus lectores la posibilidad

de seguir su pensamiento. Ni piensa él tampoco en llevar la claridad á su propio espíritu, y no le preocupa en nada todo lo que preocuparía desde luego á un sabio. Y lo confiesa ingenuamente: "Debo confesar aquí que en este libro, á menudo, voluntaria ó involuntariamente, he tenido que confundir el genio con el talento, no porque uno y otro no sean bien diferentes, sino porque es difícil determinar la línea que los separa (1)." Un sabio que hubiera reconocido cuán difícil era el determinar la línea de demarcación, se habría esforzado en precisarla más, en notar con mayor exactitud las características diferenciales. Lombroso sale del paso más fácilmente: "Si el genio es el efecto de una irritación intermitente y poderosa de un gran cerebro, el talento va acompañado á su vez de una excitación cortical, pero en menor grado y en un cerebro más chico." Vese que la psicología, comprendida á la manera de Lombroso, es una ciencia de las más simples, y que los misterios de nuestro mecanismo cerebral están al alcance de todas las inteligencias.

Nada perturba á Lombroso. Las dudas que asaltan al sabio verdadero en el instante de trazar los preliminares de una obra, los tanteos inevitables que preceden á la colocación del objeto en su punto, la agonía de la concepción, son cosas desconocidas á Lombroso; salta á pie juntillas por encima de las dificultades y no le turban las más serias objeciones.

En el prefacio de la 4.^a edición del *Hombre Criminal*, se halla esto: "Se pregunta uno como estaría hecho el cráneo de los que, en los tiempos bárbaros, cometían actos tales como herejía, blasfemia, brujería, castigados por las leyes de entonces, toleradas por las de hoy."

"Pues bien! Yo he demostrado que los que cometían delitos contrarios á la costumbre, á las religiones, eran en-

tonces los verdaderos criminales, mientras que los homicidas bien á menudo no eran considerados como criminales, en épocas bárbaras. Si aquéllos eran los verdaderos criminales..... es natural que debían tener los mismos caracteres que los criminales de hoy (1)." Quien reflexione no hallará eso "natural," en modo alguna, pero es la mejor prueba de lo que yo afirmaba hace poco, á saber que para Lombroso el crimen es un concepto puramente jurídico, y que su tipo del criminal no puede tener ningún valor psicológicamente. En el prefacio de la 3.^a edición Lombroso mismo confiesa que no se encuentra sino el 40 % de criminales que presenten más ó menos los caracteres del tipo que ha establecido, y cuando se le reprocha que ha formado ese tipo mediante un número relativamente restringido de observaciones, responde: "¿ Los anatomistas están, pues, obligados á examinar millares de cadáveres para concluir sobre las formas de una víscera ? "

Esta frase es un ejemplo saliente del modo de razonar Lombroso, y se ve inmediatamente por donde peca semejante comparación; el anatomista, al disecar una serie de cadáveres humanos, encontrará siempre en los mismos lugares los mismos órganos, que presentan, con ligeras variaciones, las mismas formas, en tanto que los criminales aparecen con caracteres esencialmente distintos los unos de los otros, de tal modo que pueden ser tan desemejantes como es posible. Además, el anatomista se ocupa en una categoría de objetos netamente limitada, y sobre la naturaleza de los cuales no ocurre duda alguna, á saber, los cuerpos humanos. Por el contrario, quien estudia al criminal desde el punto de vista psicológico ó antropológico, no puede considerar como tal, *à priori*, á cualquiera que haya sido condenado por los tribunales; éstos son falibles; á me-

(1) Traduzco literalmente del italiano á riesgo de escribir mal francés, y cito *El Hombre Criminal* de preferencia al *Hombre de Genio*, porque la primera de esas obras pasa generalmente por más seria.—
EL AUTOR.

(1) *El hombre de genio*. Introducción á la 6.^a edición, página xxii de la edición francesa (Alcan. 1889).

nudo tienen poderes arbitrarios ; muchas leyes son hechas únicamente para defender los privilegios de algunos, y la infracción de esas leyes no es comparable en nada, psicológicamente hablando, á un atentado contra la vida humana, por ejemplo ; por otra parte, multitud de crímenes que revelan en sus autores una inmoralidad, una perversión ó una brutalidad inveteradas no son castigados por las leyes, y algunos aún son considerados como prueba de virtud, recompensados como tales y especialmente con el nombre de valor militar. No hay, pues, criterio simple que permita distinguir de pronto al criminal. El criminal es al cabo una abstracción pura : pueden establecerse categorías de criminales, tipos de criminales, pero no puede hacerse sin el estudio atento de los diferentes casos, sin una crítica rigurosa, y no es permitido olvidarse de que una multitud de criminales no están en la cárcel, y que las prisiones encierran con frecuencia gentes que no han cometido crimen ninguno, so pena de hacer una obra parcial, sin valor científico.

Se ve que Lombroso da como equivalentes ideas que no tienen entre sí sino semejanzas del todo especiosas: es este un hábito de su espíritu. Frases como las que he citado superabundan en sus obras. Tomo algunas al acaso del montón : “Diré que un alcoholico es un hombre libre como los otros, es decir : que un lienzo impregnado de alcohol no es más combustible que el que sale húmedo del telar de tejer ” (1). “A menudo los perros muestran un verdadero fanatismo conservador..... ladran y se enfurecen contra los trenes, el gas, las músicas, cuando los encuentran por primera vez ” (2). “Los niños presentan fisiológicamente un estado semejante á la locura moral, tanto que si en su medio no encuentran circunstancias favorables á la transformación en hombre honrado, así subsisten,

(1) *L'Uomo delinquente*. 4.º edit., I, XLVI, XLVII.

(2) *Id.* I, 21. *Id.* I, 617-18.

como los tritones alpestrés permanecen en el grado de girino en un medio frío ” (1). “Las últimas investigaciones teratológicas, principalmente las de Gegenbaur, han probado que los fenómenos de regresión atávica no indican siempre una verdadera degradación, sino que con frecuencia compensan un desarrollo considerable, un progreso cumplido en otras direcciones.” “Los reptiles tienen más costillas que nosotros ; los micos, los cuadrúpedos poseen mayor número de músculos que nosotros, y un órgano entero (el rabo) que nos falta. Y sólo únicamente al perder esas ventajas hemos conquistado nuestra superioridad intelectual.” “Sentado esto, desaparece inmediatamente la repugnancia por la teoría de la degeneración. Así como los gigantes pagan el rescate de su gran talla por la esterilidad y por la debilidad relativa de la inteligencia y de los músculos, los gigantes del pensamiento expían por los descaecimientos, y las veranías, su gran potencia intelectual, y es por esto por lo que los signos de degeneración se hallan con más frecuencia en ellos que en los dementes.”

Este último pasaje es tanto más característico cuanto contiene el argumento principal que da el autor para justificar su cambio de frente en la cuestión de las relaciones entre el genio y la locura : en la edición publicada en 1889 se coloca entre aquellos que sostienen que el genio es una neurosis, mientras que en las ediciones precedentes de su obra admitía la existencia de genios completamente sanos. ¡ Júzguese de la debilidad de tan ridícula argumentación ! Ver en la pérdida del rabo una compensación de la superioridad intelectual adquirida por el hombre es ya una idea de un grotesco irresistible ; pero comparar esta regresión de un órgano sin gran importancia, en el curso de la evolución, á la degeneración que heriría á los hombres en razón al poder de su intelecto, es una concepción de tal modo loca, que es inconcebible en un cerebro sano. Impo-

(1) *El hombre de genio*. Edic. citada, p. XX.

sible sería formular de modo sensato el orden de las ideas que ha pasado por la cabeza de Lombroso cuando escribió esa frase. Creo que á pocas personas les es dado alcanzar ese grado de incoherencia y acumular tantas tonterías en tan pocas líneas.

Describimos aquí el rasgo característico de la mentalidad de Lombroso: la asociación de las ideas es en él accidental, es decir, que sus ideas no se suceden en orden lógico, que no siguen una misma corriente, que su encadenamiento no se determina por los lazos que existen naturalmente entre ellas, sino por vagas semejanzas de aspecto, por el acaso de aproximación momentánea, por analogía entre las palabras que las representan. El estado mental de Lombroso es semejante al de los monomaniacos, con sólo la diferencia de intensidad. La *Ideenflucht* de los psiquiatras alemanes se encuentra en él, atenuada pero muy neta; las ideas se agolpan en su cabeza tumultuosamente, no tiene tiempo de examinarlas, no las domina y no puede apoderarse de ellas. Ha de darles salida libre, y salen entremezcladas, las describe tales como se presentan, asociadas fortuitamente según la fantasía de su cerebro sobreexcitado.

Escribe como se habla en el curso de una discusión animada en una reunión de bebedores: ahí los argumentos especiosos, las aproximaciones inesperadas de ideas, los vocablos que parecen profundos, el juego de palabras, son las armas gracias á las cuales se vence. Me imagino que los razonamientos de Lombroso pueden parecer naturales en el primer grado de la embriaguez.

No hay que disimulárselo; todas las célebres teorías de Lombroso derivan de su inteligencia insuficiente, de la total falta de lógica que lo caracteriza. La asimilación que hace del genio con la locura reposa sobre un razonamiento de este género; muchos genios han presentado fenómenos psíquico-neuropáticos más ó menos acentuados; muchos locos tienen en los objetos extraños á su delirio una gran

lucidez de espíritu y presentan con ciertos hombres de genio alguna analogía de proceder; luego el genio y la locura son dos estados realmente de parentela, y no es siquiera posible separarlos netamente uno de otro.

La teoría que asimila el loco moral y el criminal al epiléptico, que hace, en último caso, hombres de genio, de todos los criminales y de una buena parte de los dementes, de los *epileptoides*, reposa sobre las más increíbles confusiones de ideas, sobre los errores más flagrantes. Para llegar allí, Lombroso no solamente ha acumulado los paralogismos, sino que ha partido de premisas falsas, ha empleado documentos falsos y ha falseado los verdaderos con sus interpretaciones; no puede uno fiarse jamás en lo que dice, hay que verificar cada una de sus aserciones; citas de autores, actos de observación, todo en él está sujeto á caución. Lombroso, médico, profesor de psiquiatría, ignora la neuro y la psicopatología; diagnostica la epilepsia inconsideradamente; un estudiante de medicina que sentara tan ligeramente el diagnóstico de epilepsia fracasaría en su examen. El vértigo, entre otros, constituye para él uno de los síntomas más reveladores de la epilepsia. De Darwin dice, por ejemplo: "sufría de dispepsia, de anemias espinales, de vértigos (hay que notar bien el vértigo, que sabemos ser á menudo la equivalencia de la epilepsia); no podía trabajar más de tres horas por día," etc. (1). Y en muchos casos presenta el vértigo solo, *sin especificación ninguna* como base de su diagnóstico (2). Ahora bien: el vértigo es, ya se sabe, un síntoma del todo trivial: existe en multitud de afecciones que no tienen relación ninguna con la epilepsia; acompaña con frecuencia las enfermedades del tubo digestivo, los tumores cerebrales, las afecciones del oído, la ateromatosis le provoca comúnmente; se encuentra á menudo en las neurastenias; además, como lo

(1) El hombre de genio, ed. citada, pág. 488.

(2) L'Uomo delinquente, 14, ed. II, primera parte, III y passim.

observa justamente Oppenheim (1), las sensaciones del vértigo pueden producirse fácilmente por autosugestión. En fin, el vértigo no es síntoma de epilepsia sino en la ínfima minoría de casos. Es indispensable indicar cómo se manifiesta el vértigo, en qué circunstancias aparece, si es objetivo ó simplemente subjetivo, si se trata de un vértigo bien caracterizado, ó de meras sensaciones vertiginosas vagas, etc. Esto es lo que Lombroso no hace nunca; ahora bien: quien dice vértigo, sin precisar, no dice absolutamente nada. Hé aquí á Lombroso médico. ¿Quiere conocerse á Lombroso experimentador? Pretende haber constatado que en el andar de los criminales, al contrario de lo que pasa normalmente, el miembro izquierdo prevalece, y encuentra una demostración victoriosa de ello en el experimento siguiente: se sugiere á un hombre normal, puesto en estado hipnótico, que es él un bandido, é inmediatamente se modifica su andar en el sentido indicado por Lombroso (2): Al primer golpe de vista se comprende cuánto hay de erróneo en este experimento: el hipnotizado á quien se le sugiere, que es un bandido, no adquiere mágicamente, *ipso facto*, la naturaleza del bandido; obra simplemente conforme á la *representación que él se hace* del bandido. Semejante experimento no puede, pues, informarnos sino sobre las ideas del hipnotizado, y en manera alguna del carácter del bandido. Y esto es, además, lo que confirma las cifras que Lombroso ha dado como resultado de los experimentos: hay muchas mayores diferencias entre los dos andares del sujeto que las que existen entre la marcha del hombre normal y la del criminal (si se suponen exactos los términos medios de Lombroso): así la separación lateral recta por término medio 5,46 en el hombre sano, 7,4 en el criminal, y en el sujeto en estado normal es 7,5 y después de la sugestión 12,8; el paso izquierdo que mide 63

(1) Lehrbuch der Nervenkrankheiten, 1.^a edi., p. 730.

(2) L'Uomo delinquente, 1,345, I p. 538.

centímetros en el hombre normal y 72 en el criminal, es respectivamente en el sujeto 66 y 88,5 centímetros. Fácil es representarse con estas cifras lo que ha pasado: el sujeto ha imitado el andar caricaturesco de los bandidos de opereta, quienes salen al escenario con un aire siniestro, revolviendo los ojos y dando zancadas enormes.

Esto es pura farsa, pero Lombroso no tiene conciencia de su propia ridiculez; ha redactado este experimento en formas diversas, y la ha vuelto á publicar recientemente, todavía (á propósito de la escritura de los criminales) en su manualito de grafología, fiel en esto á su costumbre de aumentar sus libros nuevos, reproduciendo en ellos textualmente pedazos largos de sus libros viejos.

Terminaré el análisis de los materiales que Lombroso ha empleado para ilustrar sus teorías, mostrando cómo escribe Lombroso la historia: hé aquí reproducido en extenso el parágrafo que él consagra á Villon en el *Hombre Criminal* (1). "Villon poeta y ladrón describió sus dos cualidades opuestas en sus dos poemas (dos testamentos) y en su Jerga ó *Jobelin* compuesto aun en jergonza, en el cual los protagonistas son ladrones. Fue el primer poeta realista, y en medio de los vicios más tristes, deja entrever su afecto por su madre y por su patria. Condenado á muerte escribió, además del *Epitafio*, un cuarteto (2), que es una prueba curiosa de la indiferencia de los criminales ante el suplicio. En su *Gran Testamento* pinta la vida de las mujeres livianas, pintándose á sí mismo como alcahuete, con repugnantes detalles cuya moral en el fondo es ésta: *Il n'est trésor que de vivre á son aise* (No hay riqueza como vivir á su gusto), pero que son preciosos para nosotros para mostrar la analogía completa entre la inconti-

(1) L'Uomo delinquente, p. 345.

(2) 1. p. 538.

nencia y el crimen (1). Esto no necesita de comentarios: llevados á ese paroxismo, la tontería y la inconsciencia se convierte en algo completo, absoluto, que desafía todo análisis.

Podría multiplicar indefinidamente ejemplos iguales: gran parte de los "documentos" que emplea Lombroso son de esta fuerza; en realidad, *no sabe leer*; sus citas son incompletas ó están alteradas; es materialmente imposible que haya leído todas las obras que cita; las ha recorrido rápidamente con la vista, y ha parado la atención, atraído acá y allá, por palabras, por una frase, donde veía la confirmación de su idea fija. Poco le importa que el conjunto de la obra, las conclusiones del autor contradigan su parecer; no pára mientes en ello! Si se halla en presencia de fuentes diversas, sigue, por instinto, la menos segura. Podría acusársele de la falta total de probidad científica, si no fuera porque miente de modo tan torpe y trata de engañar á los otros y engañarse á sí mismo con tanta simpleza, que es difícil atribuirle la intención de no decir toda la verdad: no la ve, dominado como está por sus delirantes ideas; tiene la obsesión de sus sueños locos; no es capaz de asir los hechos en su realidad inmediata. Si quiere clasificársele conforme á sus propias teorías, es incontestablemente un *mattoide* (1). Y este pasaje del *Hombre de*

(1) Le certifico de nuevo á los lectores (precaución necesaria porque la cosa parece creíble apenas), que traduzco literalmente y reproduzco los versos de la Balada de la Grosse Margot, tales como Lombroso los da, es decir, con los errores y las omisiones que saltan á la vista.

N. DEL T.

Lombroso reproduce aquí cinco versos de la Balada de la *Grosse Margot* de Villon: el primero es el número 33; el segundo el 36, que dice: "L'ung l'autre vault, etc...." y Lombroso copia: "L'ung vault l'autre...." El tercero que es el 37, es "Ordure amons ordure nous affuyt" (lo sucio amamos y lo sucio nos viene), y Lombroso altera: "Ordure avons et ordure nous suyt (lo sucio tenemos y lo sucio nos sigue), etc.

Oeuvres complètes de François Villon, por W. LOUIS MALLAND. in fecha. Garnier.

NOTA DEL TRADUCTOR

blemente un *mattoide* (1). Y este pasaje del *Hombre de*

"La analogía que los *mattoides* presentan con los hombres de genio, de quienes únicamente retienen los fenómenos morbosos, y con los hombres sanos, con quienes tienen al igual la habilidad y el sentido práctico, aconseja la desconfianza de ciertos sistemas que pululan principalmente en las ciencias abstractas ó inciertas, gracias á hombres incompetentes ó extraños al asunto acerca del cual tratan: las declamaciones, las asonancias, las paradojas, los conceptos originales á veces, pero siempre incompletos y contradictorios, se sustituyen á los razonamientos serenos, cuyas bases son el estudio minucioso y tranquilo de los hechos. Semejantes libros son casi siempre la obra de esos verdaderos charlatanes involuntarios que son los *mattoides*, cuya difusión por el mundo literario es más grande de lo que generalmente se cree."

Retrato fiel en todos su puntos, ¿no es cierto? *Charlatán involuntario*, es entre otros, un hallazgo. Lombroso no habría podido caracterizarse mejor en dos palabras. ¡Qué inconsciencia! Tal parece que no hubiera jamás meditado seriamente sobre sí mismo, ni leído sus libros con más atención que la que presta á los de los otros.

Resumiendo, Lombroso no sabe ni leer, ni observar, ni experimentar, ni razonar; en fin, dado lo insuficiente de su inteligencia, no puede promoverse la cuestión de probidad científica á propósito de él. Incontestablemente Lombroso no es un sabio, y ningún sabio verdadero le considera hoy como tal. Sus triunfos, por tanto, no se derivan del carácter de la veracidad de sus doctrinas; hay que buscar las causas en la naturaleza misma del público que acoge sus ideas. ¿Qué representa Lombroso á los ojos del público? ¿Qué le ha traído de lo que él esperaba? ¿Cuáles tendencias modernas son las que sus obras parecen justificar? Éste es el problema céntrico del caso de Lombroso.

(Concluirá)

JACQUES MESNIL

A UN COCUY

●cultos vagan en la noche oscura
Insectos mil, como en la mar los peces ;
Mas tú brillas á trechos, como á veces
Descubre húmida ninfa su hermosura.

Goza el ojo en seguir tu lumbre pura,
Mira á dónde caldrás, si te oscureces ;
Tú su cálculo burlas, y apareces,
Tras caprichoso giro, á grande altura.

¿ Qué auguras, insectillo misterioso ?
¿ Con qué feliz recordación ú anhelo,
Más que el sentido, el ánimo fascinas ?

Leve cruzando el aire tenebroso,
Con tu luz, como el alma, hija del cielo,
Tus solitarias sendas iluminas.

MIGUEL ANTONIO CARO



PROLOGO DE UN LIBRO

La *Librería Americana* de Bogotá tiene emprendida, desde hace algún tiempo, la loable tarea de publicar, traducidos al español, varios de los mejores libros religiosos que aparecen en el Viejo Mundo. Quien esté persuadido de la influencia saludable de las buenas lecturas, sabrá estimar lo benéfico de la empresa ; quien conozca las dificultades que existen entre nosotros para dar á luz un libro, admirará el esfuerzo de los editores.

Hoy le toca su vez á la *Historia de San Vicente de Paul*, por Monseñor Emilio Bougaud, Obispo de Laval, elegante y correctamente traducida por miembros de la So-

ciedad de San Vicente de Bogotá, á nuestro hermoso idioma castellano.

Monseñor Bougaud, muerto hace pocos años, fue uno de los más insignes escritores católicos franceses de la segunda mitad del pasado siglo. Como apologista, rayó á grande altura, sobre todo con su interesante obra *El Cristianismo y los tiempos presentes* ; pero á nuestro humilde parecer— y en esto nos apartamos del ilustrado prologuista francés del presente libro—el mérito principal de Monseñor Bougaud es el de hagiógrafo : en romance, escritor de vidas de santos. Se nos figura que cuando los errores de la época actual hayan pasado la historia, y por lo mismo las apologías del Obispo de Laval hayan perdido su interés del momento, se leerá con el mismo gusto y provecho que ahora la incomparable *Historia de Santa Mónica*, de la cual le oímos decir hace años á D. Rufino J. Cuervo, que él no conocía libro superior á aquél, en su género, y que era una de las mejores obras que se habían escrito en el siglo XIX.

Narrar las historias de los santos fue cuidado especial de los escritores cristianos, desde los albores de la Iglesia. Sábese cómo los pontífices de las catacumbas instituyeron notarios que llevasen las *Actas de los mártires*. La *Historia eclesiástica* de Eusebio de Cesarea, está matizada de biografías interesantes de los santos de los tres primeros siglos ; y San Jerónimo escribió, en el IV, su sobrio y clásico *Catálogo de los escritores eclesiásticos*, con breves pero substanciales noticias de cada uno de ellos, empezando por los cuatro evangelistas. Pasando por el elogio de San Víctor, escrito por San Bernardo ; por la *Vida de San Francisco* de San Buenaventura, y parando en los monumentales trabajos de los Bolandistas, no hay edad de la literatura cristiana que no pueda ufanarse de haber producido alguna joya en el género de que venimos tratando.

La rica literatura clásica española no va en zaga á la de otras naciones europeas en punto á excelentes historias

de los santos. Citemos, entre mil, la de San Ignacio, del P. Rivadeneira, la de Santa Teresa, del P. Yepes; y sobre todo, la de San Jerónimo, del P. José de Sigüenza, historiador nobilísimo no inferior, á nuestro gusto, ni en el fondo ni en la forma, al mismísimo P. Mariana. Antes de ellos, el *Flos sanctorum*, florilegio de vidas de santos, completado y remozado más tarde por el P. Rivadeneira, fue el libro que, en el Hospital de Pamplona, convirtió un heroico capitán de los Reyes católicos en el fundador y primer General de la Compañía de Jesús.

El esmero con que, en todo tiempo, se ha cultivado el arte hagiográfico se justifica plenamente. No hay estudio, después del de Dios, tan interesante, tan fecundo como el estudio del hombre, obra maestra de la omnipotencia en la creación de las cosas visibles; y los santos son los hombres por excelencia, los que se acercan al arquetipo hecho por Dios en el paraíso terrenal; despojados como están, por la gracia, de las manchas é imperfecciones con que el pecado deformó la obra divina.

El Evangelio en acción, se los ha apellidado. Ciertamente que Cristo, Señor Nuestro, no sólo vino á ser maestro, sino modelo; que confirmó con ejemplos cuando enseñó con sus palabras; pero necesitamos ver cómo aprendieron la lección los discípulos más aventajados, cómo copiaron el ejemplar los mejores artistas. "Sed imitadores míos, decía San Pablo, así como yo lo soy de Cristo."

La manera de escribir vidas de santos ha cambiado de cincuenta años acá. Antes el autor narraba puntualmente la historia, las virtudes, los milagros de su héroe, y sacaba de cada pasaje reflexiones y enseñanzas morales. Era un tratado de perfección y virtudes cristianas, ilustrado con los ejemplos de un solo servidor de Dios. Hoy se dibuja, como fondo del cuadro, la pintura del siglo, del país, con sus ideas, costumbres, excelencias y defectos; y luego se traza el retrato del hombre, con su carácter—fisonomía del alma que la santidad modifica y perfecciona, sin des-

truirla—sus luchas, tentaciones, momentáneos desfallecimientos, ligeras caídas; y á lo natural se agrega lo sobrenatural, y resalta así la acción divina de la gracia sobre la materia más ó menos dócil, del barro de que fuimos formados.

Tiene este sistema la ventaja de poner las biografías de los santos al alcance de las personas indoctas que los imaginan seres de otra naturaleza que la nuestra, dignos de admiración, pero imposibles de imitar; y hacer grata la lectura á las gentes poco piadosas, que empezando por conocer y estimar al hombre, acaban por entender y apreciar al santo.

Porque, en realidad, esos cuyas imágenes honramos, cuya intercesión pedimos, fueron hombres como nosotros, pero mucho mejores que nosotros; tuvieron carácter propio, defectuoso quizá, pero supieron domarlo; lucharon y sufrieron, para salir triunfantes del combate y depurados por el dolor; cayeron acaso, pero se alzaron con redoblado brío de la caída, y compensaron leves imperfecciones y faltas con la práctica de heroicas virtudes.

No deseáramos que se entendiese por lo dicho, que prefiramos siempre y desde todo punto de vista las biografías modernas de los santos á las antiguas; como no pondrá el discreto lector en todo á Momsem y á Ferrero antes que á Suetonio y á Tácito. Cada manera literaria tiene sus excelencias peculiares, y lo exclusivo en punto de gustos literarios es señal de inteligencia estrecha y ánimo encogido. Sobre cuatro historias recientes de Santa Teresa hemos leído, y ninguna nos parece igual á la clásica de Yepes; y ningún florilegio moderno nos suple el *Año Cristiano* de Croisset, ni el *Flos sanctorum* de Rivadeneira. Antes que el procedimiento técnico aquilata y avalora un libro el talento de su autor.

El nuevo método nació en Francia y allí ha producido sus frutos más dulces y sazonados. Tuvo su origen, si no estamos engañados, en la *Vida de Santo Domingo* del P.

Lacordaire; libro muy inferior, según nos parece, á las demás obras del egregio dominicano, é inferior también á los trabajos subsiguientes de otros autores. Ni hay por qué extrañarlo: quien descubre un nuevo camino rara vez lo recorrerá hasta el fin; y la Providencia, que reparte sus dones é hizo á Lacordaire el orador que fue, no le otorgó en igual medida las dotes de escritor. Pero siempre es mucho ser el Colón de un nuevo mundo.

Entre los que han trillado las huellas de Lacordaire como hagiógrafo y se le han adelantado en el camino, tiene puesto preferente Monseñor Bougaud. Escribió, siendo Vicario general de Orleans, las historias de Santa Mónica—su obra maestra, casi insuperable—de Santa Juana Francisca de Chantal, de la Beata Margarita María; y, ya Obispo de Laval, trabajó ésta de San Vicente de Paúl, su postrimer trabajo literario, el último esfuerzo de su celo.

San Vicente de Paúl es el santo de la caridad con los pobres; no un héroe de la filantropía, como dijo alguien con frase irreverente.

La filantropía es el amor al hombre por el hombre; la caridad, el amor al prójimo por Dios; aquélla da lo suyo, ésta se da á sí misma; una agota los recursos, la otra los multiplica; la primera perece con el que la practica, la segunda persevera después de la muerte de quien la ejercita.

Cuando la autoridad infalible de la Iglesia coloca á un hombre en el catálogo de los santos, aquello significa no simplemente que su alma está en el cielo, pues entonces podrían alzarse altares á los niños muertos con bautismo, sino que practicó en grado heroico todas las virtudes teológicas y morales. Pero, á excepción de Cristo, en quien no hay perfección dominante, porque todas están en él en grado supremo como corresponde á quien es Dios verdadero, todos los habitantes del cielo tienen una virtud en que descollaron por modo especial. Así resalta la diferencia entre la santidad de Cristo y la de sus discípulos: el Señor la

tiene por naturaleza, ellos por participación: la del Salvador es infinita, finita la de sus criaturas.

Y esto constituye una de las distinciones entre los santos, cuyas vidas y acciones difieren tanto unas de otras. Tienen todos de común el amor á Dios y el desprecio de sí mismos; de allí en adelante, en el jardín del paraíso hay todo linaje de flores: la azucena de la pureza, la violeta de la modestia, la rosa de la caridad, la palma del martirio.

Decíamos que San Vicente es el Santo de la caridad con los pobres. En la edad moderna, entendiéndolo por tal la que media del Renacimiento hasta nosotros, hay dos héroes de perfección cristiana que revisten aquel carácter glorioso: San Juan de Dios y San Vicente de Paúl. Un paralelo entre los dos resultaría muy interesante, porque mostraría cómo, aun en la práctica de una misma virtud, lleva Dios á sus santos por diversos caminos, que van todos—como los radios de un círculo al centro—á Jesucristo, al cielo.

Vinieron al mundo con un siglo de diferencia. Juan, de origen lusitano, ejerció su apostolado en Andalucía, en la época de mayor poderío y grandeza de la Nación española; Vicente, de abolengo español (1), nació y vivió en Francia en los albores del reinado de Luis XIV. Uno y otro procedieron de humilde cuna, saborearon en la mocedad los amargores de la pobreza; ambos supieron por experiencia propia los horrores del cautiverio. Les tocó vivir en medio de las miserias inseparables de las épocas de prosperidad, de las civilizaciones refinadas.

(1) Véase, sobre el origen de la familia de San Vicente, el curioso libro titulado *San Vicente de Paúl, su patria, sus estudios*, etc., por D. Antonio Hernández y Fajarnés. Zaragoza, 1888. El autor se esfuerza en probar que la familia de San Vicente era española y que el santo nació en Tamarite, en Aragón. El primer hecho nos parece bien probado; el segundo, nó. Mientras no se presenten argumentos decisivos en contra, tendremos á San Vicente por francés. *In dubio melior est conditio possidentis.*

El español se alejó de Dios en la juventud, y se tornó á él por una conversión ruidosa; el francés conservó intacta la piedad é inocencia de la edad primera. Juan rehuyó el sacerdocio por humildad, Vicente lo aceptó por obediencia. Ambos son fundadores; ambos por decreto de la Sede Apostólica, patronos; San Juan de Dios, de todos los hospitales; San Vicente, de todas las asociaciones de caridad.

Vivieron los dos santos enamorados de los pobres, de los enfermos, de los huérfanos, de los dementes; pero al socorrerlos, cada uno siguió distinto impulso del Espíritu Santo. Juan pedía, pordioseaba sin cesar; y lo que iba recibiendo con una mano lo iba dando inmediatamente con la otra. No conoció otra regla de conducta que dar todo lo que tenía á todo el que lo iba necesitando, fuese santo ó pecador, grande ó pequeño, de esta ó de la otra nación. Era un reflejo viviente de la munificencia divina, que hace salir el sol sobre los buenos y los malos, y envía por igual la lluvia sobre los justos y los injustos (1).

Vicente de Paúl organizó sabiamente la caridad; daba más al más necesitado; pulsaba las miserias para curarlas mejor; preveía el infortunio de mañana; daba reglas fijas de conducta á sus colaboradores y discípulos. Era reflejo de la Providencia Divina, que todo lo dispone con número, peso y medida (2).

San Juan de Dios, laico como era, no tenía más misión que la de socorrer y consolar, y así no fundó sino los Hermanos hospitalarios; San Vicente, que era sacerdote, tenía además que enseñar y corregir; y fuera de las Hermanas de la Caridad, estableció los Sacerdotes de la Misión, para regir los seminarios y evangelizar las gentes de los campos.

Al primero lo llevó Dios por los senderos extraordinarios de la mística más encumbrada; al segundo, por el camino real de la práctica de las virtudes ordinarias. San

(1) Matt. v. 45.

(2) Sap. XI. 21.

Juan murió joven, llorando al verse separado de sus amados enfermos; San Vicente, anciano, plácidamente rodeado de la corona de sus queridos discípulos.

Mas dejemos ya al santo de Granada, y empiece ya el lector á saborear la vida y las virtudes de San Vicente de Paúl. No queremos anticiparle noticia alguna, que pudiera atenuar la sorpresa que habrá de causarle aquel varón portentoso, incomparable, á quien no puede conocer uno sin amarle, sin venerarle con todo el respeto de que es capaz un alma.

¡Oh! si este libro encendiera en los lectores el fuego sagrado del amor á los pobres. ¡Si se contagiaban de San Vicente con la locura de la caridad! ¡Si amaran más á Dios al verlo tan admirable en sus santos!

R. M. CARRASQUILLA

Presbítero

Bogotá, Mayo de 1906.

LAS REPUBLICAS

FRAGMENTOS

I

He admirado el hormiguero
cuando henchían su granero
las innumerables hormigas.
He observado su tarea
bajo el fuego que caldea
la estación de las espigas.

Esquivando cien alturas
y salvando cien honduras,
las conduce hasta las éras
un sendero largo y hondo
que labraron desde el fondo
de las lóbregas paneras.



Y en hileras numerosas,
paralelas, tortuosas,
van y vienen las hormigas....
la vereda es dura y larga,
pesadísima la carga
y asfixiantes las fatigas,

Mas la activa muchedumbre,
sobre el hálito de lumbre
que la tierra reverbera,
senda arriba y senda abajo,
se embriaga en el trabajo
que le colma la panera.

Son comunes los quehaceres,
son iguales los deberes
los derechos son iguales,
armoniosa la energía,
generosa la porfía,
los amores, fraternales.

Si rendida alguna obrera
por avara, no subiera
con la carga la alta loma,
la hermanita más cercana,
con amor de buena hermana,
la mitad del peso toma.

Nadie huelga ni vocea,
nadie injuria ni guerrea,
nadie manda ni obedece,
nadie asalta el gran tesoro,
nadie encela el grano de oro
que al tesoro pertenece.....

He observado el hervidero
del innúmero hormiguero
en sus horas de fatiga.....

Si en los ocios invernales
sus costumbres son iguales,
¡son muy sabias las hormigas!

II

He observado la colmena
al mediar una serena
tarde plácida de Mayo.
La volante, la sonora
muchedumbre zumbadora
laboraba sin desmayo.

¡Qué magnífica opulencia
la de aquella florescencia
de los campos amarillos.....!
Madreselvas y rosales,
agabanzos y zarzales,
mejoranas y tomillos.....

Todo vivo, todo hermoso,
todo ardiente y oloroso,
todo abierto y fecundado:
los perales del plantío,
los cantuesos del baldío,
las campánulas del prado.....

Y en corolas hechiceras,
y en pletóricas anteras,
y en estilos diminutos,
y en finísimos estambres,
van buscando los enjambres
las esencias de los frutos.

Y los finos aguijones,
en sobadas libaciones,
van llevando a los talleres
lo mejor de la riqueza
que vertió Naturaleza
por los términos de Ceres.

Zumba el himno rumoroso
del trabajo fructuoso
con monótona dulzura:
las obreras, impacientes,
salen y entran diligentes
por la estrecha puerta oscura.

Las que dentro descargaron
las esencias que libaron,
palpitantes aparecen;
vuelo toman oscilante,
y en la atmósfera radiante
volteando desaparecen.

Las que tornan presurosas
con sus cargas deliciosas
de ambrosías y colores,
no parecen volanderas
juiciosísimas obreras,
sino aladas lindas flores.

No se estorban ni detienen
las que ricas de oro vienen,
las que en busca van del oro.....
Unas liban y acarrear,
otras labran y moldean,
¡todas hinchen el tesoro!

Y hacinados en los cienos,
expulsados de los senos
del alcázar del trabajo,
los cadáveres viscosos
de los zánganos ociosos
se corrompen allá abajo.....

.....
.....

Esta vida que vivimos
los que reyes nos decimos

de este mundo engañador,
no es la vida sabia y sana
¡Ay! ¡La república humana
me parece la peor!.....

JOSÉ MARÍA GABRIEL Y GALAN

(De *El Universo*, de Madrid).

RECUERDOS DE PEREDA

En los últimos días de Diciembre de 1899 llegamos á Santander, huyéndole al frío del invierno de Suiza, el helado país de la Jungfrau y del Mont-Blanc. Llevábanos á aquella ciudad, no tan buen clima en esa estación como lo son otros puntos de España—especialmente Sevilla, donde ya habíamos pasado el invierno del 97,—el ansia de volver á ver á una antigua y querida familia amiga nuestra, la facilidad que nos prestaba aquel puerto de embarcarnos para Colombia en cualquier momento dado, y, justo es decirlo, el deseo también grandísimo de conocer al ilustre novelista cuya muerte lloran hoy las letras castellanas de uno y otro lado del Océano.

La ciudad de Santander, noble señora del Cantábrico, el temido mar de navegantes y pescadores, es tan conocida de todos los que entre nosotros han viajado á Europa, que me parece innecesario decir nada de ella; Santander puede decirse que es Pereda; y hablar de éste es, por tanto, su mejor elogio: no porque no cuente entre sus hijos otros hombres distinguidísimos y de mayor valía como sabios—el ilustre Menéndez Pelayo, por ejemplo,—sino porque Pereda es (ya que sus obras vivirán eternamente), como el alma de sus calles, de sus moradores, de su mar terrible y de sus montañas escarpadas; porque él todo lo vio, lo pintó con colores imborrables y lo *vivió*, si así puede decirse, con toda la intensidad de su genio.

Nada se ve allí, realmente, que no haya sido inmortalizado por los colores de su paleta: ese lenguaje suyo, el más deliciosamente castellano que se haya conocido desde los tiempos de Cervantes; y hasta lo que ya no existe, como la calle Alta, reemplazada hoy por espléndida avenida de suntuosos edificios, todo vive y vivirá unido á su nombre. Yo, por mí, sé decir que cuando llegué á aquella simpática ciudad todos sus sitios me eran familiares y conocidos todos los tipos de sus habitantes: desde el médico D. Elías y el cura D. Sabas, hasta el tío Mechelín; y desde Andrés, Neluco Celis y Sotileza, hasta Muergo y Tarugo; y conocidísimas me eran también las diversas castas de sus hidalgos, como los descritos en *Peñas Arriba*, los tipos de sus *indianos*; y hasta los ínfimos rapaces llamados *raqueros*, nombre que Pereda dice les vino del verbo latino *rapio*, *is*, *ere*, que significa: “quedarse con lo ajeno contra la voluntad de su dueño.”

Dos días no más llevábamos de hallarnos en Santander, cuando tuvimos el honor, mi padre y yo, de conocer á Pereda; D. José María Quintanilla, joven escritor que firma con el seudónimo de *Pedro Sánchez*, fue quien nos llevó á su casa, á eso de las siete de la noche. Nos recibió Pereda en su escritorio, amablemente, y con la franqueza propia de los españoles, sin etiqueta ninguna; de modo que á los pocos momentos se paseaba él por toda la pieza, y todos, los que acabábamos de llegar y los amigos que se hallaban con él, nos acercábamos al clásico brasero y, á su lumbre benéfica, se hablaba con completo desembarazo de todó—de Colombia, de España y de escritores distinguidos de ambos países. En tan agradables momentos tuvimos, mi padre y yo, la satisfacción inmensa, unida á un noble orgullo, de oír de los propios labios de aquel ilustre escritor los más grandes elogios de algunos colombianos, especialmente de D. Miguel Antonio Caro, por quien preguntó primero que todo, diciéndonos con frase viva y elocuente cuánto admiraba él á tan gran-

de humanista y á tan gran poeta; porque ha de saberse, ya que la ocasión es propicia para decirlo, que en España es más generalmente conocido y admirado—más nombrado á lo menos— el Sr. Caro como poeta que como crítico y como escritor en prosa. No sólo Pereda, sino también Núñez de Arce, Rubió y Ors, Verdaguer, y muchos más, siempre nos hablaban del gran poeta Caro. ¡Y aquí ha habido quien discuta si es poeta siquiera! ¡El, el más fiel y elegante traductor en verso que existe en castellano; el autor de *Sueños* y de la oda *A la estatua del Libertador*!.....

En cambio, tengo yo un amigo que no deja nunca de enjugar una lágrima que acude á sus ojos cada vez que juntos, en horas de íntimo esparcimiento, recitamos algunas estrofas de esta última, como aquellas dos en que, refiriéndose á la muerte del Gran Mariscal de Ayacucho (uno de los crímenes que la desdichada Colombia no ha expiado aún por entero), pinta Caro al *Libertador*, que amaba á Sucre con toda la intensidad de su grande alma:

“ En tan solemnes días
Por la orilla del mar, los pasos lentos
Y cruzados los brazos cual solfas,
Hondas melancolías
Exhalabas á veces en lamentos !

Ora pasara un ave,
Ya hender vieses el líquido elemento
Sin dejar rastro en él velera nave,
Murmurabas : ¡ *Quién sabe*
Si aré en el mar y edifiqué en el viento !....”

Pero así ha de ser la diversidad de opiniones entre los hombres (“no hay—dice Mme. Swetchine—dos personas que hayan leído el mismo libro”): D. Juan Valera, en sus *Cartas Americanas*, después de mostrar su entusiasmo por la *Vuelta á la Patria* y *La flecha de Oro*, tilda casi de blasfema la exclamación sublime contenida en estos últimos versos, quizá porque olvidaba que era frase del mis-

mo Bolívar “que apuró la ingratitud hasta las heces,” y que veía caer, bajo el plomo homicida, al guerrero más puro que registra la historia.

Pero volvamos á nuestro relato:

—Para que ustedes vean la admiración que tengo yo por ese grande hombre, nos dijo Pereda, voy á mostrarles una cosa.

Y diciendo esto, descolgó de una de las paredes, enmarcado, para mostrárnoslo, el soneto que D. Miguel Antonio Caro le dedicó, con motivo de la muerte de su hijo Juan Manuel, doloroso y trágico acontecimiento producido por una enajenación mental —pues era joven de raras prendas y de acendradas creencias religiosas, según lo oí decir á muchas personas en Santander,— en momentos en que Pereda escribía, como él mismo lo dice en el prólogo, su novela *Peñas arriba*. Allí en la misma pared veíase suspendida una cruz, formada por el cañón de una escopeta....

—Yo que casi no guardo nada—siguió diciéndonos Pereda—conservo lo mismo, con el mayor respeto y cariño, en este armario, las pocas cartas que tengo del Sr. Caro, sintiendo, eso sí, que sean tan pocas.

Mostrónos también, hablando ya de otros escritores colombianos, la novela de mi paisano y querido amigo Tomás Carrasquilla, *Frutos de mi tierra*, llena de anotaciones al margen, y díjonoś que tres veces la había leído; que era una novela admirable; que en escritos que él había visto se decía que Carrasquilla era imitador suyo:

—¡Ca!, dijo, esto no es imitar, sino hacer las cosas muy bien hechas; ojalá que algunos de los capítulos que contiene fueran míos.

Y hojeando acá y allá las páginas de la novela, nos iba mostrando los pasajes que más le agradaban. Sepa esto Carrasquilla, y sepa también el gusto tan grande con que yo doy fe de lo dicho, para gloria suya y también del terruño de ambos; y que rabien los envidiosos y los malos escritores que por ello se sientan ofendidos.

Las personas con quienes se hallaba esa noche Pereda, á nuestra llegada, eran D. Enrique Menéndez—hermano del ilustre D. Marcelino,—poeta y delicado escritor en prosa; D. Aurelio de la Revilla, cuñado de Pereda, persona muy culta y de agradabilísimo trato; un Sr. Corpas, á quien sólo tuve ocasión de ver después raras veces por haberse ausentado de Santander; y el pintor Fernando Pérez del Camino, quien con riguroso pincel, que ya la muerte le arrebató de las manos, trasladó al lienzo varios cuadros de los descritos por Pereda. La pieza en que nos recibió, y que después frecuentamos tantas veces, es la misma descrita por Pérez Galdós, donde se encuentra el retrato de Pereda en traje antiguo, con golilla, del cual dice que es necesario tratarlo de *usarcé*; bello retrato por cierto, pues aquellos arreos le quedan maravillosamente á quien era tipo perfecto del español más puro en facciones, en lealtad y en nobleza.

Son tantos y tan agradables los recuerdos que conservo de Pereda, de Santander y de otros amigos, además de los citados, á quienes debimos las más exquisitas atenciones, que francamente, al llegar aquí, siento deseos de dejar caer la pluma de la mano, en la imposibilidad de entresacar de ese cúmulo de recuerdos, algo que sea breve y encierre al mismo tiempo, lo mejor posible, algunos detalles importantes. Consuélame la idea de que nada es despreciable en la vida de los grandes hombres, lo cual, unido al anhelo mío vehemente de rendir un homenaje de cariño á la memoria del ilustre hombre que me honró con su benévola amistad y que tuvo por mi padre un verdadero cariño, una amistad sincera y grande, han sido los motivos únicos que me han decidido á asumir la responsabilidad que sobre mí ha de recaer por el atrevimiento de escribir, yo lego en la materia, nada menos que un artículo sobre Pereda.

No se crea, por lo que precede, que voy á emitir juicios críticos sobre sus obras. ¡Dios me libre de caer en

semejante ridiculez! Lo que pretendo, lo repito, es relatar á la ligera algunos recuerdos personalísimos. Así pues, empezaré por los paseos-matinales que hacíamos en su compañía, paseos á que asistían siempre tres ó cuatro de sus amigos; pues bueno es decirlo de una vez, á Pereda nunca se le veía solo: un grupo de aquéllos formábanle permanentemente á manera de una cariñosa constelación, acompañábanlo á todas partes y lo visitaban todas las noches. ¡Qué afectuosa solicitud y qué respeto unido á la más franca cordialidad! Pereda bromeaba con todos, se reía de ellos, los elogiaba otras veces para que nosotros viéramos la *talla* de hombres que eran, y ellos le pedían consejo, y entre mimo y mimo, le sacaban al sol al maestro algunas de sus debilidades, en desquite de las bromas de éste.

—Usted también, D. Pepe, decíanle por ejemplo, cuando sopla el noroeste, se pone de un genio insoportable y se queja hasta de tener una bellísima quinta en Polanco y una jabonería que le da más duros que defectos les ha encontrado usted á sus paisanos.

—¿Y cuando amanece con el pajarito que le canta allá adentro en el cerebro?, le decía otro.

—Cállate, tú, mastuerzo, replicábale á uno Pereda: tú una vez te ibas muriendo porque te dijo una *polla* que eras muy feo, y lo peor es que es cierto. ¿Y tus nervios?.... Pero ahí donde lo ven ustedes, nos decía á nosotros, este chico vale más que muchos *pingajos* á pesar de los *berrinches* que le dan á cada rato.

Y luégo seguían las risas y las charlas, cogía nuevo rumbo la conversación, se hablaba de libros, de política, de España, y sobre todo, de la *tierruca*, lo más adorado por aquel grupo de aristocráticos montañeses *pur sang*.

Los paseos á que me refiero tenían lugar todos los días á eso de las once de la mañana. Reuníamonos en la *Guantería* de Pedro Alonso, descrita por Pereda en una de sus obras, situada en la calle de la *Blanca*, y tomábamos in-

defectiblemente en dirección de la primera Alameda, distante de aquélla unas pocas cuádras. Todavía me parece verlo llegar á paso mesurado, con su fisonomía llena de bondad y de inteligencia, abrigado con un fuerte sobretodo, con su gran *chambergó* y fumándose un *pitillo* de la Habana: nos saludaba cordialmente, decíale alguna broma á Perico (hijo y heredero del antiguo propietario de la *Guantería*) y nos poníamos en marcha formando todos un solo grupo. Referiré brevemente algunos episodios de aquellos *gratísimos* paseos, omitiendo á mi pesar muchos otros para no alargarme demasiado.

Una niñita de unos cinco años se le acercaba frecuentemente á Pereda y le pedía con la gracia innata en toda española, un *perro chico* (cinco céntimos), llamándolo llanamente como todos allá *don Pepe*, poniéndosele delante para impedirle la marcha y haciendo con ojos y boca mil guiñas y monerías.

—“A ver, muéstrame esas manos,” le decía Pereda; y si no las tenía limpias como un ampo de nieve—“quítale aquí, puerca; y como te me vuelvas á presentar así, no cuentas más conmigo en tu vida.”

Íbase á toda prisa la chicuela, y á poco volvía á alcanzarnos, mostrábale las manos nuevamente, limpias pero empapadas de agua, por no haber tenido ni tiempo para secárselas, y á poco alejábanse otra vez de nosotros con mil zalamerías, pero llevando esta vez el anhelado *perro chico*.

A propósito de limosnas, nos decía esa vez Pereda, le ocurrió á mi padre un caso muy curioso. Iba todos los días á nuestra casa un pobre á quien siempre se le daba lo que había; una mañana, no teniendo á mano nada mejor mi padre, mandóle con un criado una pequeñísima moneda, y aquel bribón, después de rabiarse un rato, envióle esta razón, casi increíble, á mi padre: “dígame á su amo usté, que si quiere pobres de á cuarto, que los busque.”

La conversación de Pereda era tan agradable y pintoresca como son sus escritos, y tenía el mismo naturalismo de buena ley que caracteriza á éstos; para él cada cosa no tenía sino un nombre, y ése se lo daba, sin que nunca una sola palabra salida de su boca no la oyera uno ennoblecida, como si el propio Cervantes fuese quien la soltara de sus labios. Ya he dicho algo de su genio burlón y festivo, pero no puedo resistir á la tentación de referir otro rasgo que quizá lo haga conocer más bajo este aspecto. Acompañélo yo un día á poner una carta en el correo: llegóse al buzón, una enorme cara de piedra por cuya boca echábanse las cartas; puso la suya, junto á la de piedra; llevóse las manos á la cara, como se acostumbra para que el viento no se lleve la voz, y dijo, casi deletreando, mientras soltaba yo una alegre carcajada que no pude contener: *pa-ra San-to-ña.....*

—“Esto que usted vio ahora, me dijo al regreso, lo hacía siempre un *calzonazos*, paisano mío, cada vez que venía á dejar allí alguna carta.”

La modestia era sin duda una de sus más grandes y más atrayentes cualidades. No digo personas doctas, yo mismo, un pobre muchacho que para juzgar de las excelencias de una obra literaria no contaba entonces, ni cuento aún, con otro auxilio que el que presta “esa luz que ilumina á todo hombre que viene á este mundo,” emitía en su presencia, con toda libertad, mi juicio sobre sus obras —de las cuales, permítaseme la satisfacción de decirlo, regaló él á mi padre, con honrosísima y cariñosa dedicatoria, los tomos que faltaban á nuestra colección.

—“Léase *La Puchera*,” me dijo una vez que hablábamos de sus libros, “que es una de las novelas que yo creo que me han quedado menos malas.”

Hícelo así, y cuando la hube terminado, “¿qué tal?” me preguntó.

—Magnífica, le repuse: pero con el permiso de usted, yo siempre me quedo con *Sotileza*.

—“¡Ah, es que *Sotileza* es otra cosa!”; y al decirme esto, notábasele en la cara la satisfacción bien merecida de ser él el padre de esa chicuela encantadora, llena de gracia y de “complicaciones” de alma, como ahora se diría.

¡Rara casualidad!, en ese mismo momento atravesaba la calle, con ese andar felino que él la describe, una chiquilla que á mí se me hizo parecidísima:

—¡Mírela usted!, Sr. Pereda, le dije.

Calóse bien las gafas y miróla atentamente:

—Si se parece, y mucho—me contestó—*pero.....* Oiga usted, á propósito de esto, un caso raro: cierto día fui á bordo de un buque á saludar á un amigo; apenas hube subido la escalerilla y pisado el puente, se vino en dirección mía un señor, que resultó ser un yanqui —¡claro que yanqui tenía que ser!— y sin que nadie nos presentara, me dijo: “excuse usted, me han dicho que es usted el Sr. Pereda, dígame una cosa: ¿Sotileza amaba á Andrés?” “Yo mismo no lo sé, le repuse: sábelo Dios si esa chica era capaz de amar á alguien!”

Otro día nos refirió cómo había escrito *Don Gonzalo González de la Gonzalera*. ¡Lo que es un nombre!, nos dijo; hacía ya algún tiempo que no escribía yo nada: no estaba, vamos al decir, *el horno en su punto*; y sin embargo, sentía comezón de hacer algo. Estando así, me encontré una mañana con Pérez Galdós; habíamos hablado apenas unas pocas palabras, cuando me dijo: “Le tengo á usted, querido colega, un nombre espléndido; pero antes de dárselo, necesito de usted una promesa: la de que escribirá sobre él una novela.” Prometí, me dio el nombre, y ahí tienen ustedes un libraco dedicado á mis queridos *indianos*, tema que había cruzado por mi mente muchas veces.

Menéndez y Pelayo pasa los veranos en su modesta residencia de Santander, época que dedica á escribir esos famosos prólogos que preceden á sus monumentales colecciones de *Liricos Castellanos* y el *Teatró de Lope de Ve-*

ga, de que lleva publicados varios tomos. Pereda nos hizo el honor á mi padre y á mí de acompañarnos á su casa personalmente. Encontrámos al gran crítico, el más grande que ha producido España y quizá Europa en nuestra época, en su escritorio, trabajando, rodeado de infinidad de libros abiertos sobre la mesa; levantóse al sentir nuestros pasos y se adelantó hacia Pereda, á quien abrazó estrechamente. Pasada la presentación, hízonos sentar, sentóse él asimismo cerca del lugar en que antes se hallaba, hablónos del Sr. Caro—de quien hacía tiempo, nos dijo, no tenía el placer de recibir noticias—y nos preguntó también por Gómez Restrepo, “*chico* que vale más de cuantos *paisanos* tuyos me has presentado,” le decía una vez á nuestro respetado amigo el entonces Cónsul de Colombia, Don Antonio Rubió y Lluch, según me refirió éste un día en Barcelona. Y por Pereda ¡qué cariño, qué respeto el que revelaba! “En sus obras, nos dijo, aprendí yo á leer; por eso amo tanto sus libros, sobre todo sus primeros cuentos.” ¡Dulces momentos aquellos de expansiones cariñosas de un sabio!

Llevónos también Pereda á su casa de Polanco, deliciosa y digna mansión de un poeta como él lo era, allí donde hace poco rindió su alma cristiana á Dios, arrullado por la música del mar y la montaña..... Recorre ahora otra vez mi espíritu aquellos sitios encantados, y miro de nuevo esos deliciosos paisajes impregnados dulcemente del *sabor de la tierruca*. Onde la brisa sobre las mieses y gime el mar murmurando con tristeza el nombre de su cantor excelso!

El 27 de Julio de 1900 dijimos adiós á aquella playa hospitalaria, de que tantos otros hondos recuerdos conservamos, y desde la baranda de popa del *Canadá* mirábamos entristecidos desaparecer á nuestra vista aquella querida faja de tierra que baña el mar desde *Muelle-Anaos* hasta la punta de *Piquio*..... Después, sólo una bandada de gaviotas que seguían nuestro buque, cuya vista nos traía nostál-

gicamente al recuerdo aquellos dulces versos de D. Miguel Antonio Caro:

“De tristeza y amor de inspiradoras,
De adioses y esperanzas mensajeras.....”

¡Puedan ellas llenar hoy también mi voz de duelo á aquellos sitios, y dejar caer una lágrima mía sobre la tumba recién abierta de Pereda!

FEDERICO BRAVO

Bogotá, Mayo de 1906.

EL JUICIO FINAL

(DE GILBERT)

A S. S. el Canónigo Dr. D. Rafael Maria Carrasquilla

¿Qué grito atronador hiere mi oído
Y resuena en los ámbitos disperso?
De la trompeta el colosal bramido
Que nos anuncia el fin del Universo.
El devorante rayo, enfurecido,
Cruza el aire en su carro llameante:
Los vientos, de su cárcel escapados,
De Occidente á Levante
La faz del orbe azotan,
Y los astros—fanales apagados—
Tintos en sangre en el espacio flotan.

*

Revuelto en gigantescas convulsiones
Deja su lecho el mar, y con violenta
Cólera eleva al cielo sus turbiones
Y entre sus ruinas envolverlo intenta

*

El Hacedor Eterno, á nuestros ojos
Largo tiempo en las sombras escondido,
El cáliz vio llenar de sus enojos,
Hiere al mundo y el mundo rueda herido:

*

¡Temblad humanos! Del Supremo Juicio
Ved firme y alto el Tribunal augusto,
Altar del verdadero sacrificio!
Aquí falta el valor, tiembla el acero,
Pierden su precio el oro y la diadema
Y todo se nivela ante el severo
Fallo que dicta la Verdad Suprema.

*

En su libro terrible
Está tu falsedad, mundo insensato,
La Religión, ayer madre sensible,
Se arma de acero contra el hijo ingrato.
¡Almas de los difuntos! ¡Levantaos!
Vestid vuestra osamenta, Dios os llama,
De la noche salid, mirad el caos
¡La justicia á torrentes se derrama!

*

Abandonando su reposo frío
Surgen de pavorosas catacumbas
Los muertos, y se lanzan con sombrío
Rostro hacia el Tribunal; en el vacío
Sacuden las cenizas de sus tumbas.
¡Oh Sión! Vé revueltos y confusos
Cuántos pueblos encierra tu recinto,
El Judío y el Cristiano
Forman un intrincado laberinto
Cerca del mismo Dios con el Pagano,
El Griego, el Fetichista, el Mahometano
Que entre sí se confunden. ¡Cielo!..... ¡Cielo!.....

Clama la multitud de miserables,
¿Quién podrá sobre el suelo
El número contar de los culpables?

*

Cerca al derrochador está el avaro;
Cerca al adulador el regicida
Y el guerrero de frente envilecida,
Que, por puñados miserables de oro,
El honor, el decoro
Del suelo patrió comerció y la vida.

*

Esos pérfidos jueces, traficantes
De la sangre inocente,
Al mirar la justicia prepotente,
De que estuvieron ellos tan distantes,
¡Cómo abaten la frente!

*

¿Dónde, dónde esconderse? Siempre os sigue
El ojo vengador por dondequiera,
La justicia persigue
Inconmovible á la creación entera,
Ved las rocas, los antros destruídos,
Los que ayer ostentasteis la corona
Emperadores, Reyes corrompidos
Hoy vuestras prepotentes
Leyes, la Ley Suprema desmorona!
Ya no existen las horas de clemencia,
Su Dios duerme. ¿Lloráis? ¡Lamentos vanos!
El gemido insultáis de la inocencia
Con vuestro lloro, míseros gusanos.
Al ángel de la muerte el Dios Eterno
Os prometió durante la existencia,
Y reclama sus presas el infierno!

*

Pero, ¿de dónde vienen majestuosos
Esos haces de luz que me rodean?
Mis dedos en la lira, temblorosos,
A mi pesar flaquean
Al herir los alambres armoniosos!

*

Respetad mi delirio, pecadores,
Veo á los elegidos sonrientes
Marchar hacia el Señor. Altas las frentes
Van los niños al Padre y sin temores.
Oh! ¿de tantos mortales
Son tan pocos los justos
Que traspasan, oh! cielo, tus umbrales?
Niños, viejos de frentes blanqueadas,
Entre mil de vosotros sólo veo
Elevarse dos testas coronadas!
¿De dónde ese atronante clamoreo?
¿Dónde van esos pueblos de culpables
De que Sión sus campos vio cubiertos?
Dios, en sus juicios siempre irrevocables,
Del Averno á los cráteres abiertos
Los arroja. A esas fauces caen reunidos
El padre con los hijos, el hermano,
El esposo, la esposa y el amante,
Los amigos, el siervo y el tirano,
El rey con el lacayo, el traficante,
El esclavo y el amo, horrorizados
De mirarse á sí mismos
Y de verse revueltos y arrojados
Al más hondo de todos los abismos!

*

Al justo en fin le ciñe la victoria
Sus lauros triunfadores
Y disfruta la gloria de la Gloria,
Circundado de eternos resplandores,

No tiene nada de mortal; la llama
Siente crecer de amor al Dios que ama!
Le alaba entre las notas del salterio,
Canta su gloria, Gloria sempiterna
Del TODOPODEROSO en el Imperio!

*

Y de Dios al acento soberano
El trueno, inútil ya, su grito acalla;
Depone su furor el Oceano
Y á los pies del Señor se postra inerme,
Mientras el tiempo, inmóvil,
Sobre la ruina de los mundos duerme!

JORGE BAYONA POSADA

Bogotá, 1905.

Santo Tomás de Aquino

ANTE LA CIENCIA MODERNA

(CONTINUACIÓN)

VI—LA HIPÓTESIS DEL ÉTER

“La primera ley de la Física, común á esta ciencia con todas las otras, es la ley de la *causalidad*, en virtud de la cual *todo lo que sucede debe tener una causa*. Se da también á esta ley el nombre de *principio de la razón suficiente*, porque respondiendo á una necesidad universal de nuestra inteligencia, nos lleva, cada vez que asistimos á un fenómeno, á buscarle la razón de ser.” (*Wundt, Physique medicale, Liv. I Chap. I*).

“Así, los fenómenos físicos revelan causa ó causas que los produzcan. Se admiten como tales la *atracción de la materia, el calor, la luz, el magnetismo y la electricidad*. Se ignora si estos agentes tienen existencia sustancial ó

son propiedades de la materia misma, y aun si son diferentes ó manifestaciones de una causa única. Los más recientes trabajos de los físicos y los descubrimientos más modernos, tienden á demostrar la unidad de todas las fuerzas llamadas físicas, y aun las químicas y mecánicas, mediante la existencia hipotética de una sustancia sutilísima, eminentemente elástica, incoercible, imponderada, la cual ocupa todos los espacios y se halla en el interior de todos los cuerpos, á la que se ha dado el nombre de *éter*.” (Rubio, *Física experimental*, pág. 3).

Según esta concepción, dos cosas son menester para la explicación de los fenómenos físicos: una sustancia y los movimientos de ella. “Hemos sido conducidos, dice Laugel, á mirar todos los fenómenos físicos como simples *movimientos de los cuerpos ó del éter*.” (A. Laugel, *Les problèmes de la nature, la Dynamique, Paris 1873, pág. 91*).

De esta manera los varios flúidos imponderables propuestos por Newton, Symmer y demás fundadores de la física moderna para explicar los fenómenos naturales, han venido á quedar reducidos á uno solo: el éter con sus ondas. Los círculos de olas que origina una piedra al caer en el agua, como se expresa Tyndall á propósito del calor radiante, nos darían una imagen de todos estos fenómenos, estremecimientos de una sustancia ponderable ó imponderable.

Varias razones militan en favor de la hipótesis del éter:

1.^a La necesidad de un medio que transmita la luz, el calor, la gravitación entre los cuerpos esporádicos del espacio, toda vez que la *acción in distans* es opuesta al sentido común. *Nihil agit in distans*, era un axioma corriente para Santo Tomás y la Escuela. El sol dista de la tierra por término medio, 38 millones de leguas; la estrella más vecina de nuestro sistema, α del Centauro, está situada á una distancia 200,000 veces mayor; Sirio está todavía más lejos y las nebulosas se pierden allá en remotas pro-

fundidades. ¿Por qué medio se nos comunican su acción y su luz?

2.^a Toda una clase de fenómenos, á saber, los de interferencia y los de polarización, averiguados hoy para el calor y la luz, no se explican satisfactoriamente sino por la teoría de las ondulaciones de algún medio. La interferencia de los rayos luminosos, análoga á la de las ondas sonoras, concluyó con la teoría que consideraba la luz como una sustancia (teoría de la emisión); pues era filosóficamente imposible que luz más luz produjera oscuridad, mientras que sí es verdadero que movimiento más movimiento puede producir reposo, según el principio de mecánica de que dos fuerzas iguales que obran en sentido opuesto se equilibran.

3.^a Así se explican las maravillosas analogías que hay entre la óptica y la acústica. La vibración de los cuerpos elásticos produce el sonido, que se propaga por ondulaciones del aire; la vibración de los cuerpos lúcidos produce la luz, que se propaga por ondulaciones del éter. Tanto la luz como el sonido están sujetos á la reflexión, á la refracción y á la interferencia. El sonido tiene su escala de notas, la luz tiene su escala de colores. El reposo de los cuerpos origina el silencio, el reposo del éter, la oscuridad.

4.^a Se ha notado que el pequeño cometa de Encke, cuya periodicidad calculada por él (en 1818) es corta y bien conocida, tres años y cuarto, experimenta, eliminadas las perturbaciones provenientes de parte de los planetas y demás causas conocidas, un retardo de $\frac{1}{17}$ de día en cada revolución al rededor del sol. No se explica casi este retardo sino por la presencia de un ambiente cósmico que oponga resistencia. Se concibe que las grandes y densas masas de los planetas, no acusen una resistencia tan apreciable, como la tenuísima y vaporosa de los cometas, así como la resistencia del aire es más notable respecto de las materias tenues y ligeras que respecto de los cuerpos compactos.

Estas son las pruebas que se aducen en pro de la existencia del éter.

Esta hipótesis tuvo partidarios en otras edades. Un célebre restaurador de la filosofía aristotélica, indagando la naturaleza de la región sideral ó cielo, escribía en el siglo XIII lo siguiente: "Todos, antes de Aristóteles, pusieron que el cielo es de la naturaleza de los cuatro elementos. Aristóteles fue el primero que desechó su parecer, y afirmó que el cielo es una quinta esencia *sin gravedad y sin peso*, ni cualidades contrarias (*sine gravitate et levitate et aliis contrariis*). Por la eficacia de sus razones, los filósofos posteriores se le adhirieron, y en el día de hoy todos siguen su opinión. San Dionisio casi en todo le sigue también. Y consecutivamente digo que el cielo es un quinto cuerpo." Este escritor era Santo Tomás, en el libro II de las Sentencias, Dist. XIV. Q. 1 a. 2. Allí mismo dice que "se llama éter, según el filósofo, *un cuerpo de veloz movimiento, inflamable ó inflamante*." "Secundum Philosophum, *aether dicitur corpus velocis motus inflammabile vel inflammans*."

De Aristóteles hacía venir la hipótesis del éter también el platónico Atico, citado por Eusebio de Cesarea, pues increpaba al Estagirita el haber revuelto las ideas de su maestro, porfiando que hay, decía, una esencia *imposible* (*ἀπαθής*), *incorruptible* (*ἀφθαρτον*) *é invariable* (*καὶ ἀτρεπτον*) y fantaseando un cuerpo de una *maravillosa hechura*. (Eus. Cæs. Præp. evang. l. xv, cap. vii y viii).

Con efecto, Aristóteles en su libro IV De auscultatione, cap. V, dice: "Así como el agua está en el aire, de esa manera el aire está en el éter, y el éter en el cielo, y el cielo no está contenido en otro alguno." Cosa semejante trae en su libro de Meteoros, cap. III, donde añade: "Y esta opinión no es tanto mía cuanto de los antiguos, que llamábanle éter, porque *continuamente corre* (*ἀεὶ θεῶ*) atribuyéndole una cierta naturaleza divina y diferente de las conocidas." Aristóteles floreció en el siglo IV antes de Cristo.

No podemos resistir al halago de transcribir también algunos pasajes de Cicerón. En su libro I, De natura deorum, escribe: "Cleantes..... endiosaba *el éter, ardor altísimo y último, derramado por doquier, y extremo que todo lo ciñe y envuelve*" (1). En el libro II (15 y 21), dice que "las estrellas ocupan el *lugar etéreo, que es tenuísimo y se agita sin cesar....* No es la índole del éter tal que con su fuerza estorbe las estrellas." Más adelante prosigue: "La tierra está rodeada por todas partes de esta vivificadora y espirable naturaleza llamada aire..... *A éste á su turno abrázalo el inmenso éter.....*" (2)

No han faltado, empero, en la edad presente hombres de ciencia que desconfíen de dicha hipótesis: astrónomos como Faye, físicos como Grove y como Hirn, analistas como Spencer, naturalistas como Lapparent, han movido objeciones contra ella. Las del físico Hirn parecíanle á Jean d'Estienne *abrumadoras* (*réfutation écrasante*) y no se atreve á tocar en ellas. Pero cuando Hirn intenta reemplazar el éter por otro agente medianero, que no es ni espíritu ni cuerpo, allí de las dificultades, y es allí también donde Jean d'Estienne resueltamente le combate.

Spencer dice: "¿Adelantamos algo con la hipótesis del éter? Este fluido, cuyas ondulaciones, según se supone, constituyen el calor y la luz, y que es también el vehículo de la gravitación, ¿cómo está constituido? Según los físicos, debemos considerarlo como compuesto de átomos que se atraen y se repelen mutuamente, átomos infinitamente pequeños, si se comparan con los de la materia ponderable; mas al fin átomos, y siempre átomos" y en seguida urge la siguiente dificultad: ¿cómo se transmite la ac-

(1) ".... ultimum, et altissimum, atque undique circumfusum, et extremum omnia cingentem atque complexum ardorem, qui *aether* nominetur." (De natura Deor. lib. I, 14).

(2) ".... terra circumfusa undique est hac animabili spirabilique natura, cui nomen est aer.... Hunc rursus amplectitur *inmensus aether*...." (ibid. lib. II, 36).

ción al través de un medio, cuyas moléculas son, muy probablemente, tan pequeñas respecto á sus distancias mutuas, como el sol y la tierra respecto á su distancia?" (Obra citada, cap. III, 18). Como se ve, esta objeción es más bien contra la teoría de los átomos, que contra la del éter.

Oigamos, en fin, al eminente Lapparent: "El concepto de éter, dice, implica una verdadera contradicción. ¿Qué es ese cuerpo tan sutil que no puede ser visto ni sentido, elástico por excelencia? ¿Tan elástico, que ninguna de sus partículas puede mudar de sitio sin que se disloquen todas las vecinas?..... ¿Qué ánimo filosófico, aunque más condescendiente sea, quedará satisfecho de semejante anomalía? Por esto es fácil de entender la conjuración de una nueva escuela de físicos que claman: abajo el éter. Por desgracia, no basta destronar al rey; preciso es señalarle sucesor; y no es cosa tan hacedera..... Así, al paso que las ciencias físicas realizan admirables progresos en el campo de los hechos, en el de las teorías filosóficas andan vacilantes y mal seguras." (Cosmos, 27 Sept. 1886, p. 240).

VII—LOS FENÓMENOS FÍSICOS Y EL MOVIMIENTO

I—*El sonido*. "La producción del sonido en el aire se sigue al *movimiento* del mismo..... Sucede con la conmoción del aire en la producción del sonido, lo mismo que con la conmoción del agua, cuando se arroja algo en ella. Pues es manifiesto que se forman ciertas ondulaciones en torno del agua golpeada. Estas en verdad, cerca del lugar de la percusión son pequeñas, y el movimiento es fuerte; pero á lo lejos, los círculos son grandes y el movimiento más débil. Por último, el movimiento se extingue totalmente y los círculos cesan. Mas si antes de que el movimiento cese, aquellas ondulaciones encuentran algún obstáculo, hácese un movimiento de ondulación al contrario, y tanto más vehementemente cuanto más cerca sea de la primera percusión."

"Pues así ha de entenderse también que, á la percusión de los cuerpos sonoros, el aire se estremece en rededor y el sonido se difunde en todas direcciones. En la proximidad, las ondulaciones son ciertamente más pequeñas, pero el movimiento es más fuerte, y de ahí que el sonido se perciba más fuertemente. A distancia, empero, las ondulaciones son mayores, y más débil el movimiento, y el sonido se oye más oscuro. Finalmente, se desvanece del todo. Pero si antes de que tales ondulaciones se apaguen sobreviene una reverberación del aire vibrante que lleva el sonido hacia algún cuerpo, las ondulaciones retroceden en sentido contrario, y de esta suerte se oye el sonido como de enfrente. Esto es lo que se llama *eco*."

Tal es el lenguaje de los actuales profesores de acústica, tales son las textuales palabras del Doctor de Aquino comentando á Aristóteles en su libro II, *De anima*, lect. XVI.

El calor. Se estima según los modernos, como el resultado de la vibración de la materia ponderable, aunque discrepan mucho en cuanto al modo de ese movimiento, pues unos, como Clausius, lo hacen consistir en movimientos de traslación y vibración; otros, como Secchi, en movimientos de traslación y rotación; otros, en fin, como Rankine, piensan en agitados torbellinos de moléculas.

Leemos en Santo Tomás: "Ipse igitur actus imperfectus caloris in calefactibili existens est motus." "El mismo acto imperfecto del calor existente en lo que es calentado, es *movimiento*." (In III Physicor. lect. 2). "El calor, por intenso que sea, no causa calor inmediatamente en el primer instante, sino que al punto empieza á mover para calentar, porque el calor es efecto del mismo *mediante el movimiento*." (In lib. IV Sent. dist. XLIII, Q 1 á 2). Sin embargo, conviene advertir que en su pluma, la palabra *movimiento* (*motus*) tiene un sentido más amplio del que generalmente le dan los modernos.

La luz. Es considerada hoy por los físicos como proveniente de vibraciones rapidísimas de los cuerpos lúcidos,

transmitidas por ondulaciones transversales del éter. La teoría newtoniana, que estimaba la luz como un cuerpo especial, ha sido abandonada. Reconócese ciertos cuerpos como manantiales de luz, otros que la conducen y otros que la interceptan.

Santo Tomás trae en su Summa teológica un artículo (I P, Q LXVII, art. 2) para sostener que *la luz no es un cuerpo*, si bien la prueba que aduce es falsa, pues, respetando, según su costumbre y principios, los dictados de la observación, pensaba que la transmisión de la luz era *instantánea*. No fue sino cuatro siglos más tarde cuando se hizo la contraria experiencia, que él hubiera recibido gozoso. Por las célebres observaciones del astrónomo danés Roëmer (en 1675) sobre los eclipses del primer satélite de Júpiter, se vino en conocimiento de la relativa lentitud con que la luz atraviesa las inmensidades del espacio. (77,000 leguas por segundo).

Santo Tomás hace distinción entre manantial de luz y medio que la comunica, pues dice que "lumbre (lumen) es la participación ó efecto de la luz (lucis) en el cuerpo diáfano." (Quod lib. III, 6, 2) y que "el movimiento que se efectúa por el medio causa la visión," "*motus qui fit per medium causat visionem.*" (De sensu et sensato lect. v).

Gradúa la luz por la movilidad de los cuerpos, cuando escribe: "Aquellos cuerpos que son grandemente activos, (*formalia*) y movibles son lúcidos en el acto; mas los que se acercan á éstos son receptivos de la luz, como los diáfanos; y los que son demasiado *materiales*, ni tienen luz en su naturaleza, ni pueden recibirla en sí, sino que son opacos." (Opuscul. 47).

"Ciertos cuerpos son transparentes, dice Tyndall, porque el éter y los átomos de éstos guardan tales relaciones entre sí, que las ondas productoras de la luz pasan entre los átomos sin cederles el movimiento de que están animados. Algunas ondas son detenidas ó absorbidas en los cuerpos coloreados, pero pasan sin pérdida aquellas que

dan al cuerpo transparente su color..... Bajo este concepto, en lo concerniente á las ondas luminosas, los cuerpos ejercen como un *poder de elección* separando ciertas ondas para destruirlas y dejando pasar otras. La transparencia para una onda no implica la transparencia para las demás....." (Tyndall, el Calor).

Si consideramos ahora que las vibraciones que originan y propagan la luz, no son un movimiento comoquiera, sino especial, y que toma nacimiento de ciertos manantiales ó focos en actividad, no andaremos lejos de decir que *la luz es una cualidad activa consiguiente á la naturaleza especial del sol ó de cualquiera otro cuerpo luciente de por sí;*" "*lux est qualitas activa consequens formam substantialem solis, vel cujuscumque alterius corporis a se lucentis.*" (Santo Tomás, Summa theol. I p. Q. LXVII, art. 3^o) "Y la señal de esto, agrega, es que los rayos de las diversas estrellas tienen diversos efectos, *según las diversas naturalezas de los cuerpos.*" "*Cujus signum est quod radii diversarum stellarum habent diversos effectus, secundum diversas naturas corporum.*"

Conforme á este principio será posible averiguar por medio de la luz la naturaleza ó composición elemental de los cuerpos. Es así como Kirchhoff, Bunsem, Fraunhofer, Secchi y otros, han podido observar—espectróscopo en mano—cómo cada estrella produce un espectro provisto de rayas características cuya disposición da á conocer qué cuerpos simples predominan en cada globo celeste. Tal es el asombroso descubrimiento del *análisis espectral* que ha permitido sacar el examen químico de los lindes de nuestro planeta para llevarlo á explorar la constitución íntima del sol, de los demás planetas, de las estrellas y hasta de las lejanas nebulosas, todo porque los haces luminosos tienen diversos efectos, *según las diversas naturalezas de los cuerpos*, como dijo Santo Tomás.

La electricidad y el magnetismo—Los fenómenos eléctricos y magnéticos sólo han sido estudiados detenidamen-

te en la edad moderna. Refiérese, sí, que el filósofo Tales de Mileto (600 años antes de Cristo) había observado que el ámbar amarillo adquiere por el frotamiento la propiedad de atraer ciertos cuerpos ligeros. De ahí el nombre de *electricidad*, del griego *ἤλεκτρον* ámbar, dado á la causa de este fenómeno.

La piedra imán también fue conocida de los antiguos. Los griegos la llamaron *μαγνήτης*, de la ciudad de Magnesia, en Lidia, en cuyas inmediaciones fueron descubiertas las primeras muestras de este mineral de hierro. Viene de allí la palabra *magnetismo*.

La electricidad es atribuida, según el P. Secchi, á verdaderos transportes de éter originados por desequilibrios en el mismo. Hay en esto una analogía con la hidrodinámica. Ampère, asimilando los imanes á los solenoides, incorporó la teoría del magnetismo en la de la electricidad.

La gravedad—La más extendida es también la más indescifrable de las fuerzas físicas. Hay una falta completa de analogía entre la acción de la gravedad y la de los demás agentes naturales: no es posible calcular su velocidad, todos los cuerpos son transparentes para ella, no está sujeta á reflexión ni á refracción; no se acumula, no se agota, es independiente de la naturaleza de los cuerpos, pues en todos actúa proporcionalmente á su masa.

La prudencia de Newton expresaba este fenómeno diciendo que las cosas pasaban como si en efecto los cuerpos se atrajesen unos á otros. Taylor consigna la presunción de que la pensantez es de una naturaleza esencialmente diferente de las otras formas de la acción radiante. Algunos autores recientes consideran la gravedad como la resultante de las varias presiones que en todo sentido ejerce el éter sobre los cuerpos, siendo así que éstos están sumergidos en aquél como en un vasto océano.

II—En suma, las ideas reinantes hoy en el mundo científico son de que todos los fenómenos se basan en el movimiento. Así lo sostiene, entre otros sabios, el P. Angel

Secchi en su célebre obra *L'unità delle forze fisiche*. “La fuerza, acción y propiedad corpóreas, dice, no se estiman ya como *cualidad oculta infusa á la materia*..... Su índole, por largo tiempo misteriosa y mal conocida, parece ahora revelarse bajo una forma nueva y más sencilla: *la del movimiento*.” (Obra citada, vol. I, págs. VI y 36).

“Ningún cuerpo obra si no se mueve, escribe Santo Tomás, porque es indispensable que el agente y el paciente estén juntos..... Están juntas aquellas cosas que se hallan en un mismo lugar. Ahora bien: el lugar no lo adquiere el cuerpo sino *por el movimiento*.” (Santo Tomás, Cont. Gent, lib. II, c. 20). Y en el libro III, c. 82, dice que “el movimiento local es el primero entre todos los movimientos, así en tiempo..... como en naturaleza, porque *sin él no puede existir ninguno de los otros movimientos*.”

En su opúsculo *De natura materiae, cap. I*, trae lo siguiente: “Todo agente físico obra mediante instrumento corpóreo, mas la acción que se ejerce por intermedio de cuerpo, *es movimiento*: por eso toda acción del agente físico *estriba en el movimiento*.”

Por donde se ve que el santo Doctor defiende el movimiento como *condición general* de los agentes naturales *indispensable* en toda acción física. Esa es también la enseñanza de la ciencia experimental.

Pero exagerado sería confundir la fuerza con el movimiento mismo. En efecto, admitido generalmente que la energía ó fuerza no siempre está *en acción* sino que á veces es solamente *potencial*, necesario es concluir que la fuerza es distinta cosa del movimiento. Nótese cómo Santo Tomás no dice: “Omnis actio agentis plicisi *motus est*, toda acción del agente físico, *es movimiento*, sino *in motu est, estriba en el movimiento*. Naville dice:

“La explicación de los fenómenos físicos no puede prescindir de considerar la fuerza en estado potencial. Los sabios contemporáneos que intentan eliminar la idea de fuerza, para conservar sólo la de movimiento, formulan

una afirmación *no justificada por la experiencia.*" (La Physique moderne, 1883, p. 19).

Mayer, uno de los fundadores de la Termodinámica, dice: "De la relación continua que existe entre la gravitación y los movimientos que ella produce, no podremos con todo eso concluir que *la esencia de la gravedad es un movimiento* y esta conclusión se extendería *todavía menos al calor*. Bien lejos de esto: somos llevados á formular la idea totalmente contraria y á decir que para llegar á ser calor, es necesario que el movimiento—sea él por lo demás continuo ó vibratorio—*deje de ser movimiento.*" (Mayer citado por Hirn Theorie mécanique de la Chaleur..... tom. 1º, chap. 142).

El noble físico Hirn escribe: "Debo desvanecer otro género de error en que ha caído el público científico en casi su totalidad..... Se ha admitido, en cierta manera, sin discusión, que la fuerza en general no es absolutamente sino un modo de movimiento de la materia y que esta aserción es la única que satisface á los datos experimentales é incontestables de la Termodinámica, y que ella es también la única que ha sido sentada por los fundadores de esta doctrina. Tocante á este último punto de vista, comienzo por recordar un hecho sorprendente al cual—falto de remontarse á las fuentes históricas—nuestro público sabio no ha prestado ninguna atención. *Los tres hombres eminentes que, casi en una misma época, han formulado los principios nuevos, han partido cada uno de una idea diferente, no sólo en cuanto al calor, sino en cuanto á la naturaleza de la fuerza en general.*" (Obra citada, tom. I, pág. 142).

FRANCISCO M. RENJIFO

(Concluirá)

Universidad del
Rosario

Archivo
Histórico

DOCUMENTOS HISTÓRICOS

CÉDULA DE FELIPE IV, EN QUE DA LICENCIA AL ARZOBISPO DE SANTAFÉ PARA FUNDAR UN COLEGIO EN DICHA CIUDAD

El Rey. Por cuanto por parte del Muy Reverendo en Cristo Padre Don Fray Cristóbal de Torres, Arzobispo de la Iglesia Metropolitana de la ciudad de Santafé, del Nuevo Reino de Granada, de mi Consejo, se me ha representado que, movido de la gran falta que hay en aquel Reino de personas que lean la doctrina de Santo Tomás, y la Jurisprudencia y Medicina, para que estudien estas ciencias los que se inclinen á ellas; y haya en cada una hombres doctos que las usen y ejerzan, como conviene, había hecho una casa con sus oficinas muy capaces, y situado cinco mil pesos de renta en cada un año, para fundar un colegio donde haya quince colegiales, más ó menos, conforme creciere la renta, que estudien las dichas ciencias, leyéndose en el colegio por personas graduadas en estas Facultades, para que las oigan y estudien los colegiales que en él hubiere, suplicándome que, atendiendo á la utilidad espiritual y temporal que esto causará en todo aquel Reino, fuese servido de mandarle dar licencia para fundar el dicho Colegio en la ciudad de Santafé, con los honores y privilegios que goza el del Arzobispo de la de Salamanca; y que, sin embargo de ser esta obra tan justa y de que tanto beneficio ha de resultar á la causa pública, ofrecía servirme con la cantidad que se ajustase, porque le concediese la dicha licencia para lograr en su vida el gozo de ver cumplido su intento. Y habiéndose visto por los tres comisarios que tengo nombrados en mi Consejo de las Indias, para beneficiar expedientes para los cuarenta mil ducados en plata, con que ha ofrecido servirme para socorro del ejército que está sobre Barcelona, y reconociendo el pleito que está pendiente en el dicho mi Consejo, entre las religiones de la Compañía de Jesús y Santo Domingo del dicho Nuevo Reino, sobre pretender cada una, con privación de la otra, le toca la facultad de dar grados y de ser Universidad; y que ha

de ser perpetua la facultad temporal que di á la Compañía de Jesús, y un artículo que á su instancia estaba introducido, de que se había de acumular al dicho pleito la pretensión de esta licencia, por redundar en perjuicio de él: y visto que no tiene conexión ni dependencia alguna con el pleito principal que hay entre las dichas religiones, y que está proveído auto por el dicho mi Consejo para que se haga relación de la pretensión del dicho Arzobispo, sin embargo de la pendencia del dicho pleito, y consultándoseme sobre ello por los del dicho mi Consejo, lo he tenido por bien, por haberme servido con mil y seiscientos pesos de contado, que se han entregado, los once mil reales de ellos en poder del Tesorero general del dicho mi Consejo, para el efecto que se aplicaren; y los mil ochocientos restantes en las arcas de mi Tesorería general por cuenta de los cuarenta mil ducados, y por la presente doy y concedo al dicho Arzobispo licencia y facultad para fundar el dicho Colegio con los mismos derechos y privilegios que goza el del Arzobispo de Salamanca; y que se lean á los colegiales que conforme á lo referido ha de haber en él, la doctrina de Santo Tomás, la Jurisprudencia y Medicina, por personas graduadas en estas Facultades: y mando al Presidente y Oidores de mi Audiencia Real de la dicha ciudad de Santafé, ejecuten y hagan ejecutar esta licencia precisa y puntualmente, sin retardación ni réplica alguna, ni pendencia del dicho pleito, pues no se le causa perjuicio con la fundación de dicho Colegio; porque los colegiales de él no han de hacer cuerpo de Universidad sino de un Colegio donde estudien las dichas tres ciencias, gozando de los honores y preeminencias que tienen los del Colegio del Arzobispo de Salamanca, con calidad que las Constituciones que se hicieren para el dicho Colegio, se hayan de traer al dicho mi Consejo para que yo las confirme y tenga noticia de las que son, sin que por esto se retarde la posesión de la dicha fundación y la entrada de los colegiales que hubieren de estudiar en el dicho Colegio, que así es mi voluntad. Y porque lo referido se guarde y se cumpla, por ha-

ber constado se ha pagado la media anata que se debía de los mil y seiscientos pesos con que se me sirve por esta gracia.

Fecho en Madrid, á treinta y uno de Diciembre de mil seiscientos cincuenta y un años.

YO EL REY

Por mandado del Rey nuestro Señor.

Juan Bautista Sáenz Navarrete

CÉDULA DE FELIPE IV, EN QUE CONFIRMA LAS CONSTITUCIONES HECHAS POR DON FRAY CRISTÓBAL DE TORRES, ARZOBISPO DE SANTAFÉ

El Rey. Por cuanto por cédula mía de treinta y uno de Diciembre del año pasado de mil y seiscientos y cincuenta y uno, tuve por bien de conceder licencia al maestro don Fray Cristóbal de Torres, que fue Arzobispo de la Iglesia Metropolitana de la ciudad de Santafé del Nuevo Reino de Granada, para fundar un Colegio en ella, con los mismos honores y privilegios que goza el del Arzobispo de Salamanca, donde se lea á quince colegiales que ha de haber en él la doctrina de Santo Tomás, la Jurisprudencia y Medicina, con calidad de que las Constituciones que se hicieren para el dicho Colegio se hubiesen de traer á mi Consejo de las Indias para que yo las mandase confirmar, como más particularmente se contiene en la cédula citada. Y ahora, por parte de don Cristóbal de Araque, testamentario de dicho Arzobispo, se me ha hecho relación, que usando y sin exceder de las Constituciones, de que hizo reproducción, por una de ellas nombró por Rector al dicho don Cristóbal de Araque, por concurrir en él las partes necesarias para este cargo, dándole facultad para que pudiese elegir sujeto de suma segura confianza para el de Vicerrector; y faltando él, previno la forma regular en que los colegiales del dicho Colegio deben hacer elección de su Rectorado, suplicándome que para que todas se observen, fuese servido de confirmar las dichas Constituciones. Y habiéndose visto por los de mi Consejo de las Indias, con lo que dijo y pidió mi Fiscal en él, he tenido por bien de aprobar y confirmar, como por la presente apruebo y con-

firme las Constituciones que últimamente hizo el dicho Arzobispo don Fray Cristóbal de Torres, para el establecimiento del dicho Colegio, en catorce de Febrero del año pasado de mil y seiscientos y cincuenta y cuatro, y mande al Presidente y Oidores de mi Audiencia de la ciudad de Santafé las hagan guardar, cumplir y ejecutar, según y en la forma que en ella se contiene y declara, sin permitir se contravenga á ellas en manera alguna, ahora ni en ningún tiempo, que así es mi voluntad. Fecha en Buen-Retiro, á doce de Julio de mil y seiscientos y sesenta y cuatro años.

Yo EL REY

Por mandado del Rey nuestro Señor,

Don Juan del Solar

REAL CÉDULA DE FELIPE IV Á LA AUDIENCIA DE SANTAFÉ. DISPÓNESE EN ELLA QUE SE COBRE LA HACIENDA DEL COLEGIO, Y SE RECONOZCA POR RECTOR AL NOMBRADO POR EL FUNDADOR; Y DECLÁRASE EL REY PATRONO DEL COLEGIO

El Rey. Presidente y Oidores de mi Audiencia de la ciudad de Santafé del Nuevo Reino de Granada. Por cédula mía de treinta y uno de Diciembre del año pasado de mil y seiscientos y cincuenta y uno, tuve por bien de conceder licencia al maestro don Fray Cristóbal de Torres, que fue Arzobispo de la Iglesia Metropolitana de esta ciudad, para fundar un Colegio en ella, con los mismos honores y privilegios que goza el del Arzobispo de Salamanca, donde se lea á los colegiales que ha de haber en él, la doctrina de Santo Tomás, la Jurisprudencia y Medicina, con calidad de que las Constituciones que se hiciesen para el dicho Colegio se hubiesen de traer á mi Consejo de las Indias, para que yo las mandase confirmar como más particularmente se contiene en la dicha cédula. Y después por parte de don Cristóbal de Áraque Ponce de León, Racionero de la Iglesia Metropolitana de esa ciudad, y don Gonzalo Suárez de San Martín, como albaceas y testamentarios del dicho Arzobispo, se me ha representado que en ejecu-

ción de la dicha cédula fundó el dicho Colegio con el título y advocación de Nuestra Señora del Rosario, nombrando por su Rector y Vicerrector perpétuos á dos religiosos de la Orden de Santo Domingo; y que por su muerte fuesen sucediendo en este cargo otros dos de ella. Y habiéndole dotado y consignado renta competente, cuyo principal importó ciento y diez mil pesos de á ochoreales, y tratando de que entrasen los colegiales de que había de constar, se pretendió por parte de la dicha religión que había de haber tres de ella, y que también lo habían de ser sus catedráticos, con que impidieron el que tuviese efecto la elección que el fundador había hecho de los sujetos clericales; y reconocido el dicho Arzobispo, que de tener efecto tan irregular pretensión, resultaba el que la dicha religión quedase con absoluto dominio y arbitrio en la dicha fundación, sin que le quedase el regulado que como su fundador y patrón debía tener, y que se frustraba la causa y fin principal que contempló al hacerla, que fue que los dichos colegiales fuesen clérigos, y que con la esperanza de este empleo se dedicasen al estudio de las letras, y revocó la elección y nombramiento de Rector y Vicerrector, reduciéndola á sujetos que no fuesen regulares, por estar, como estaba, la dicha fundación en estado que podían arbitrar en las dichas calidades y condiciones de ella, respecto de no haberse aceptado por el Prelado de la dicha Provincia y haberla remitido para este efecto al General de ella, cuyos consentimientos habían de concurrir para su legítima subsistencia, y por otros justos y legítimos motivos que le obligaron á hacerlo, con cuya ocasión ocurrió á esa Audiencia pidiendo que para que tuviese ejecución y efecto se le diese el auxilio necesario; y habiéndose contradicho por parte de la dicha religión, y causándose diferentes autos por parte de una y otra pretensión, falleció el dicho maestro don Fray Cristóbal de Torres; y continuando los dichos testamentarios en la prosecución de la causa, se proveyó un auto por esa Audiencia, en veinte y tres de Enero del año pasado de mil y seiscientos y cincuenta y cuatro, para

que los interesados ocurriesen donde conviniese, sobre la dicha revocación, respecto de no tener jurisdicción para su conocimiento, el cual se confirmó por otro de revista proveído en veinte y cinco de Septiembre del dicho año.

(Continúa)

CRONICA DEL COLEGIO

Nuestro colega y amigo Francisco J. Barbosa, Doctor en Filosofía y Letras de nuestra Facultad, contrajo matrimonio con la Srita. D^a Magdalena Manrique, miembro de una de las más distinguidas familias de esta capital.

Verificóse la ceremonia en la capilla del Colegio el día 22 de Mayo último, oficiando en ella el Sr. Rector y con asistencia de lucido concurso de damas y caballeros.

Terminado el acto religioso, los invitados se dirigieron á la casa de la familia de la desposada, donde fueron atendidos con exquisita cultura. Aquella fue una de esas hermosas fiestas de familia que dejan gratos é imperecederos recuerdos.

El Dr. Barbosa está adornado de relevantes prendas personales. Por lo que toca á su joven esposa, bien merece los conceptos expresados en una de las composiciones que allí se recitaron, y de la cual sólo recordamos lo siguiente:

“Y al contemplar tu esposa, sin recelo

Puedes decir que el ángel nunca ha sido

De la exclusiva propiedad del cielo.”

Vayan para la simpática pareja nuestras cordiales felicitaciones.

* * Por disposición de la Consiliatura, el Sr. Enrique Greiffenstein ha entrado á desempeñar la cátedra de segundo curso de Lengua alemana, estudio tan importante hoy y que tanta utilidad presta á los jóvenes de nuestra Facultad. También ha sido nombrado Profesor de Gimnasia y Calisténica. Nos felicitamos por estos adelantos del Colegio.

R. ESCOBAR ROA

Junio 2 de 1906.

“LA IGLESIA”

ORGANO OFICIAL DE LA
ARQUIDIOCESIS DE BOGOTA

Esta publicación quincenal consta de 32 páginas.

No publica remitidos y sólo se canjea con periódicos de carácter análogo.

Valor de la suscripción anual...\$	200
Valor de un semestre.....	100
Número suelto.....	10
Número atrasado.....	20

Administración: Palacio Arzobispal.

Dirigirse al Presbítero Rafael S. Camargo.



Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

Publicase bajo la dirección de la Consiliatura

ACTOS OFICIALES DEL COLEGIO — FILOSOFIA—

CIENCIAS — LITERATURA, &C.

Se publica un número de 64 páginas el día primero de cada mes, excepto Enero y Diciembre.

Sólo se canjea con revistas y publicaciones análogas.

Número suelto.....\$ 20 ...

Suscripción por año (adelantada)..... 180 ...

Número atrasado..... 30 ...

Para todo lo relativo á la REVISTA, dirigirse al Administrador, Sr. D. CARLOS UCRÓS, Colegio del Rosario, calle 14, número 73.

Se envían por correo números y suscripciones fuera de la ciudad, siempre que venga el valor del pedido.

No se admiten remitidos ni anuncios.

